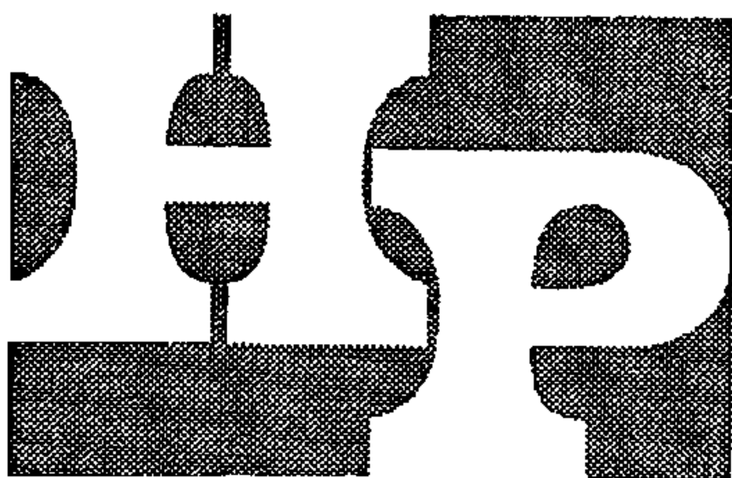
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

PAN, AMOR... Y PISTOLEROS





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

PAN, AMOR... y PISTOLEROS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 17
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 7752-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: ene., 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Dos Forasteros EN Tucson

El primer forastero se rascó la barba de cuatro días que «adornaba» su cara y exclamó:

—¡Qué ciudad tan hospitalaria!

El segundo forastero se alisó un bigote que no había sido arreglado desde la Declaración de la Independencia y masculló:

—Sí. Ya hemos visto anuncios poniendo precio a nuestras cabezas en cuatro esquinas distintas.

Los dos forasteros, después de decir esto, se ocultaron en una zona de sombra para que no les vieran dos comisarios del *sheriff* que paseaban a caballo por el centro de la calle, y luego se sentaron cansados en los escalones de un porche.

—Esto es insoportable. No podemos ni siquiera entrar en un saloon a echar un trago. Tengo la sensación de que todo el mundo nos conoce y todo el mundo nos mira. No he visto una botella de *whisky* desde la época en que los españoles se retiraron de Arizona.

—Y lo malo es que tampoco podremos pedir alojamiento en ningún hotel. Sería demasiado peligroso. Son capaces de haber puesto en la puerta de cada habitación nuestro retrato y debajo la cifra de la recompensa.

—¿Tú crees que hay derecho a todo esto, Kent?

—¡Qué va a haber derecho!

Los forasteros, que acababan de llegar a Tucson y ya se mostraban tan disconformes con su suerte, tenían un aspecto que hubiese dado lástima incluso a un soldado del Sur después de la derrota. Sus camisas estaban agujereadas y ya casi no tenían color.

Sus pantalones tejanos habían sido recosidos por quince sitios distintos. Las botas casi no tenían suela, y las espuelas estaban muy gastadas, bien por el uso o bien porque los forasteros habían empezado a comérselas. En cuanto a sus revólveres, parecían en buen uso, pero en los cinturones canana apenas llevaban munición, seguramente porque la munición estaba algo cara.

Los dos forasteros, aparte todo esto, eran de muy distinta edad. Uno de ellos tendría alrededor de veintiséis años, y el otro cincuenta. El de veintiséis, el llamado Kent, era un verdadero atleta, y su cintura, fina y estrecha, unía unas fuertes piernas a un tórax de gigante. A través de los mil rotos de la camisa se veían los músculos poderosos de sus brazos. En cuanto al otro, presentaba aún muestras de haber sido unos años antes por lo menos tan fuerte como su compañero. Se conservaba fuerte y ágil, e inútil es decir que en ninguno de los dos cuerpos había un gramo de grasa superflua, porque llevaban andando sin probar bocado desde dos días antes.

Por fin, el llamado Kent tenía un rostro atractivo y viril. El otro, con su bigote caído sobre el labio superior, tenía el aspecto de un hombre gruñón y fastidiado de la vida, aunque de vez en cuando sonreía para sus adentros y se notaba entonces que aún no había perdido del todo el humor.

—Y no tenemos ni caballos —dijo Kent—. ¡Maldita sea! ¿Cómo vamos a componérnoslas para salir de aquí?

—Tendremos que quedarnos esta noche. No sé exactamente en qué lugar, pero desde luego sin salir de Tucson. Ya habrá por ahí algún granero o algún pajar donde nadie nos moleste.

—Eres un infeliz, Mark. Sospecharán de nosotros si nos ven tirados por ahí, durmiendo de cualquier manera. Yo creo que lo mejor es tener un poco de cara y presentarnos en cualquier hotel.

—¿Con este aspecto?

—¿Qué le importa a la gente nuestro aspecto?

—Nuestra facha es la de dos hombres que no han pagado todavía ni los remiendos de su camisa. No, Kent, desgraciadamente esta noche no podemos ir a ninguna parte.

Guardaron un instante de silencio, sumidos en sus cavilaciones. Estas cavilaciones no debían ser demasiado alegres, porque de vez en cuando lanzaban un gruñido.

—¡Y pensar que todavía nos faltan recorrer varios Estados! —dijo Mark—. ¡Sólo hemos recorrido Alabama, Texas y Nuevo México, y ya tenemos la cabeza puesta a precio! ¿Qué sucederá más adelante…? ¿Qué sucederá, por ejemplo, cuando lleguemos a Nevada?

Kent se encogió de hombros.

—Por mí, se puede ir al diablo la herencia.

—Pero ¿qué dices, desdichado? ¿Tú sabes lo que es ser un hombre importante, ser un millonario?

Y Mark infló el pecho, como si en efecto, él supiese muy bien lo que se sentía cuando se es dueño de una inmensa fortuna.

Pero si lo sabía, lo disimuló muy bien. En aquel momento pasó junto a ellos un borracho que debía dirigirse a algún cercano campamento minero. Iba a pie, tambaleándose, y llevaba a la espalda un gran saco con ropa y provisiones. De ese saco, rebosante y orondo, cayó rodando un pan a los pies de los dos forasteros. El borracho ni siquiera se dio cuenta. Kent lo recogió y fue a llamar:

—¡Eh, amigo…!

Pero Mark, el viejo, se lo impidió, propinándole en la boca un revés que por poco le salta dos dientes.

—¿Por qué devolvérselo? No le va a hacer ninguna falta. Y nosotros estamos muertos de hambre, ¿entiendes? ¡De hambre!

—¿No hablabas de millones hace muy poco?

—¡De millones de panes, idiota!

Arrebató aquél de las manos de Kent y le atizó un bocado que por poco lo deja reducido a la mitad. Kent, a su vez, mordió por el otro lado. Los dos lanzaron una especie de gruñido. El borracho, que seguía haciendo eses a no demasiada distancia, gritó:

—¡Buen provecho!

A Kent y a Mark por poco se les atraganta el pan.

—Gra…, gracias, amigo —dijo al fin Mark, con lágrimas de gratitud en los ojos.

—¡Y pensar que en Tucson sólo los borrachos se sienten caritativos! —Gruñó Kent.

—No creas. ¿Sabes qué significa esto? Que hemos entrado con buen pie en la ciudad.

—No me des tantas explicaciones y parte la mitad del pan. Te lo estás comiendo todo.

—¿Es que tanta desconfianza sientes hacia mí, hijo?

—En estas circunstancias, cualquiera se fía de ti, papá.

—Bueno, toma. Pero conste que estás faltando al filial respeto que debes al autor de tus días.

Le dio la mitad del pan, y Kent empezó a comer en silencio, como hacía ya su padre. Porque, en efecto, eran padre e hijo. Mark era el padre de Kent. Y juntos, formaban la pareja más rara y pintoresca de todas cuantas recorrían en aquel tiempo el raro y pintoresco Oeste.

Seguían comiendo con deleite y con sordo entrechocar de mandíbulas —pues no en vano llevaban cuarenta y ocho horas sin probar bocado—, cuando de repente, Kent exclamó:

—¡Atiza! ¡El *sheriff*!

En efecto, un tipo alto y presumido, luciendo una estrella más grande que su chaleco, se acercaba lentamente a ellos. Era la primera vez que lo veían.

—Disimula —susurró Mark.

—Es inútil. Nos ha visto.

En efecto, el *sheriff* les había visto ya, y se acercaba a ellos en línea recta.

—¿Qué es lo que están haciendo aquí?

—¿No lo ve? Comemos.

El *sheriff* se pasó la lengua por sus labios, que parecían secos.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Es que no nos conoce? —preguntó Kent, dispuesto ya a saltar sobre él.

No le gustaba que el *sheriff*, además de detenerlos, quisiera burlarse de ellos un rato. Seguro que antes de acercarse allí tan confiadamente, les había preparado ya la trampa. Seguro que varios de sus hombres les estaban apuntando ya desde la oscuridad, dispuestos a hacer fuego en cuanto ellos se moviesen.

—Sí, les conozco —dijo el *sheriff* con voz cavernosa—. Les conozco demasiado bien.

—¡Esto es una trampa! —gritó Mark—. ¡No hemos cometido todavía ningún delito dentro de la población! ¡Y no vamos a consentir que nos echen el guante!

Los dos a la vez se lanzaron contra el *sheriff*, justo cuando éste iba a dar un salto hacia atrás. Mientras Mark le hacía perder el

equilibrio, Kent movió se derecha con una alucinante rapidez y fulminó al representante de la Ley de un fantástico cruzado a la mandíbula. El impacto se oyó en toda la calle. Y el de la estrella cayó cuan largo era, con los brazos abiertos y la boca torcida en una mueca.

Mark y Kent estaban completamente seguros de que iban a morir. Después de hacer aquello difícilmente podrían escapar a la descarga que les harían desde distintos sectores de la calle. Pero por lo visto, el *sheriff* no había traído a nadie más. No sonó ningún disparo. Padre e hijo se miraron con las bocas abiertas, como si estuvieran viviendo una pesadilla.

—Oye, ¿tú entiendes esto?

—Yo no entiendo nada. Pero pienso que quizá pasaba por aquí casualmente. Es la única explicación.

—¡Diablo! Entonces sí que hemos hecho una barbaridad. Atiéndele y dale un masaje, hijo mío. Cuídalo como si fuera tu bebé. Ponlo en condiciones para que se recupere y larguémonos de aquí como si nos persiguiera una estampida.

—Y eso que habíamos entrado con buen pie en Tucson, ¿eh?

Se inclinó sobre el *sheriff* y empezó a darle suaves fricciones en el cuello, para que se reanimara. El *sheriff* no se reanimó. Luego le hizo las fricciones en el pecho y los hombros más nerviosamente. El *sheriff* tampoco se movió. Y, por fin, Kent, blanco como el papel, levantó el rostro poco a poco para mirar a su padre.

—Este hombre está… está…

—Está ¿qué…? ¡Acaba, pronto!

—Está muerto.

Mark cayó al suelo sentado, con las piernas abiertas, igual que si acabaran de propinarle un mazazo.

—Oye, esto no puede ser. Sólo le has dado un golpe…

—Pero ha sido en la mandíbula, y yo creo que con demasiada fuerza. La mandíbula es un sitio muy malo. Ha debido repercutirle en el cráneo y… ¡Dios mío, quién sabe! ¡El caso es que está muerto!

—¡Muerto! —repitió Mark con expresión de incredulidad—. ¿El caso es que tú y yo, hijo…, hemos matado a un *sheriff*?

—No. He sido yo solo. Tú no has tenido nada que ver en esto.

—¿Cómo que no he tenido nada que ver? Defenderé ante quien sea que el único culpable he sido yo. Lárgate de Tucson. Yo me las

entenderé con la Ley.

Kent se pasó una mano por entre los cabellos, abrumado, como si por primera vez en su vida no supiese qué hacer.

—El caso es que nosotros no quisimos causarle daño. Sólo se trataba de dormirle un poco. He propinado golpes así docenas de veces, y siempre el que los ha recibido ha estado durmiendo unos diez o quince minutos, pero nada más. Incluso hay quien asegura que esos golpes son buenos para la salud. ¡Cielo santo, y el día que se me va un poco la mano, tenía que ser precisamente con un *sheriff*!

—Sabe Dios que tú no has tenido la culpa, hijo. Quisiste acariciarle y nada más. Pero ahora, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a convencer a la gente de que no tenemos la culpa de los anteriores delitos, si hemos matado a un *sheriff*?

—Bueno, yo no sé lo que va a suceder mañana —dijo Kent—. Pero ahora sí que sé una cosa: no podemos dejar a este hombre aquí.

—¿Y dónde lo metemos?

—Tengo un plan. Hay que partir de la base de que ya no podemos hacer nada para devolverle la vida.

—Explícate.

—Todas estas casas que tenemos delante de los ojos son la parte trasera de las que dan a la calle principal. Todas tienen su porche, y algunas de ellas, cerrado. Podríamos esconder el cuerpo en alguno de ellos y venir a sacarlo más tarde, cuando ya no hubiera nadie por las calles de esta maldita ciudad.

—No es mala idea. Y luego, naturalmente, lo sepultaríamos en lugar cristiano.

—Exactamente. No se me ocurre otra cosa. Si decimos que no quisimos hacerle daño, nadie nos creerá.

—Bien. ¿En qué casa lo metemos?

Kent examinó uno por uno los porches de todos los edificios que tenían enfrente.

—Mira, en esa misma.

Señalaba aquélla en cuyos escalones habían estado sentados. Era una casa muy bonita, sin duda la mejor de la calle. El porche sobre el que se levantaba tenía una pequeña puerta por la que alguien podía entrar arrastrándose bajo él, sin duda para limpiarlo cuando

hiciera falta. La puertecita no sería nada difícil abrirla desde fuera.

—Manos a la obra —dijo Mark.

Manipularon unos instantes, y poco después, la puertecita estaba abierta. Les recibió un fuerte olor a polvo y humedad. Entre los dos comenzaron a arrastrar poco a poco el cadáver, que pesaba como si se hubiese estado alimentando con plomo.

—Escóndelo. Eso es. Pasa tú al fondo, arrastrándote, y colócalo bien. Hasta los muertos merecen cierta comodidad. Luego sales, cerramos y nos disparamos hacia la llanura. Antes del amanecer, cuando no haya nadie en las calles, volveremos a buscarlo.

Trabajaron ansiosamente durante unos minutos y al fin el cuerpo quedó bien oculto y colocado. Nadie pasaba por la calle, afortunadamente para ellos, a pesar de que a pocos metros, en la calle principal de Tucson, todo era bullicio. Cerraron desde fuera con mucho cuidado y un segundo después, salían disparados como alma que lleva el diablo, olvidando incluso los restos de pan.

Nadie sería capaz de decir por dónde vagaron Kent y Mark hasta volver a Tucson. Más hambrientos, más destrozados, más pulverizados que nunca, estuvieron ocultos en varios parajes y en varios laberintos rocosos hasta que la luna comenzó a desdibujarse en el horizonte. Entonces, arrastrando los pies, regresaron a Tucson.

Había ya muy poca gente por la calle principal de la ciudad. Y en la calle secundaria por donde se entraba al porche, todo era quietud y silencio. Ni un alma transitaba por allí. Como dos sombras, se acercaron a la casa donde habían ocultado el cadáver horas antes.

—Ahora podremos sacarlo de la ciudad sin que nadie nos vea —dijo Mark—. Lo llevaremos al cementerio, o a un sitio donde haya por lo menos un árbol que dé sombra, improvisaremos una cruz y asunto concluido. Hemos tenido una gran idea.

Kent se arrodilló junto a la puertecita que daba entrada a las profundidades del porche.

Oye, papá, eso no me gusta nada. Entrar ahí a oscuras, tocar el cadáver que estará frío como un pez, sacarlo sin hacer ruido… ¡Hum! Ésa es una labor siniestra. Sabes de sobra que nunca me ha gustado andar jugando a naipes con los muertos.

—Si no te gusta, lo haré yo.

—No, no, deja. Todo ha sido una broma. Ya lo sacaré yo. Tú

espérame aquí, junto a la entrada.

Abrió con cautela y se introdujo a rastras en las profundidades del porche. Otra vez el mismo olor a humedad salió a recibirle. Una rata gorda como una liebre pasó ante sus ojos. Desde el fondo, unos ojillos brillantes y oblicuos espiaban sus movimientos. Todo aquello estaba lleno de alimañas.

Pasaron tres minutos, cuatro, cinco. Transcurrió una barbaridad de tiempo y Kent no aparecía con el cadáver. Parecía como si el porche fuese una boca y se lo hubiera tragado. Mark no quería hacer ruido, pero al fin, empezó a impacientarse.

—¡Kent! —llamó—. ¡Kent!

El otro no contestó.

Su padre dejó transcurrir dos minutos más. La impaciencia se transformó ya en franca inquietud. Asomándose por completo a la entrada del porche, volvió a llamar:

—¡Kent! ¿Qué ocurre, Kent?

Nuevo silencio.

Pasó un minuto más. Y al fin, cuando Mark se disponía a llamar de nuevo, aunque fuese a gritos, una mano lívida, apareció por el hueco.

Mark, aunque muy pocos hombres en el Oeste le ganaban a tipo duro, sintió un estremecimiento y estuvo a punto de lanzar un respingo, pues creyó que era la mano del muerto. Pero, no. Era la mano de su hijo. Y estaba lívida porque se hallaba materialmente cubierta de polvo blanquecino.

Al fin la cabeza de Kent apareció también por el hueco. Se había cubierto completamente de polvo y telarañas. Parecía como si hubiese nacido en el porche y hubiera alcanzado allí la mayoría de edad.

—Pero, hijo mío, ¿qué te ocurre? —preguntó cariñosamente Mark. Y a continuación, sin dejar ni un ligero paréntesis—: ¡Imbécil, camello, carcamal, bandido! ¿Qué has hecho tanto tiempo metido ahí dentro?

—¿Cómo que qué he hecho? Buscar el cadáver.

—Pero ¿qué dices? Si lo dejaste ahí, junto a la puerta…

—Sí, pero ya no está. El cadáver ha volado.

Mark estaba tan pálido como si el fiambre fuera él.

—¿Has mirado bien?

—¿No has visto el tiempo que llevo ahí dentro? Ya sólo me queda por mirar en los hormigueros que hay debajo de las tablas. Ese cadáver no está. ¡Ha salido a dar un paseo!

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¡Alguien ha descubierto nuestro crimen! ¡Alguien puede estar acechándonos!

—Pero ¿qué crimen ni qué demonios? ¿Qué culpa tengo yo de que atice a un tío y se me derrita como la mantequilla? Además, nuestra intención era honrada al sacarlo de aquí, y ahora resulta que él ha salido primero.

—Lo han sacado, que no es lo mismo.

—¿Y quién ha podido sacarlo?

—Para mí la cuestión no ofrece dudas. Si alguien ha podido enterarse de algo, tiene que ser por fuerza uno de los que habitan en esta casa.

—¡Pues entonces larguémonos de aquí, hijo! —Gruñó Mark—. ¡Estamos demasiado cerca!

—Al contrario. Éste es un misterio que me intriga. Es ahora cuando empiezo a sentirme bien en Tucson. He de averiguar quién vive en esta casa y por qué nos ha robado «nuestro cadáver».

—Pero, hijo…

—Nada. Vamos a quedarnos en Tucson.

—¿Y ya sabes tú quién vive en esta casa?

—No importa. Lo averiguaré muy pronto.

Sí, iba a averiguarlo muy pronto. Antes de lo que creía él mismo. Porque en aquella casa vivía… Pero, para hablar de ello con calma, más valdrá pasar al capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

LA BELLA DE TUCSON

Sí. En aquella casa vivía una mujer a la que llamaban La Bella de Tucson.

Y lo era.

¡Demonios, claro que lo era!

Nadie ajeno a sus círculos íntimos había hablado con ella más de diez palabras seguidas, porque se mantenía distanciada del trato de las gentes de la turbulenta ciudad, y salía muy poco de la casa. Pero todo el mundo sabía que tenía un cutis limpio, más terso, más suave y más fragante que las rosas acabadas de nacer cuando se abren por la mañana. Todo el mundo sabía que era una escultura, y que llevaba unos vestidos hechos por un buen amigo de las esculturas. Sobre la armonía de sus proporciones, y sobre si su cintura tenía media pulgada más o media pulgada menos, se habían armado discusiones sangrientas en los tugurios de la ciudad. Y en lo único que estaba de acuerdo todo el mundo era en reconocer que se trataba de la mujer más guapa de Arizona, y en llamarla por un solo nombre que lo significaba todo: La Bella de Tucson.

Naturalmente, no vivía sola.

De haber estado sola en aquella casa, es posible que los pretendientes le hubiesen puesto sitio con piezas de artillería y todo. Es posible que se hubiera organizado en la ciudad una guerra más sangrienta que la del Norte contra el Sur. Pero afortunadamente, aquella muchacha vivía en compañía de sus padres, los honorables Silver Rock y Marta Rock, y de su abuela, la muy honorable Epifanía Rock. Esas tres personalidades formaban

un círculo capaz de protegerla de todas las asechanzas.

Y la misma noche en que Mark y Kent tuvieron la desdichada idea de presentarse en Tucson, la familia Rock se había reunido en el salón de la casa, cerca de un agradable fuego que caldeaba la habitación y arrojaba de ella el frío que había llegado con las primeras sombras, y alrededor de una mesa donde se hallaban servidas varias tazas de café.

La Bella de Tucson, es decir Eleonora Rock, estaba sentada en una butaca, con ademán displicente, escuchando sin querer prestar atención las palabras que le dedicaba su padre.

—Tú sabes, hija, que yo he conseguido en estas tierras una gran fortuna. Sabes que poseo acciones de ferrocarriles, grandes ranchos en esta comarca y miles de cabezas de ganado en Texas. Sabes que incluso soy socio de algunas empresas mineras de Nevada. Debes reconocer que no hay en la ciudad otra casa tan bien instalada como ésta.

—Sí, lo reconozco. ¿Y qué?

—Yo no voy a vivir siempre. Tu madre, tampoco. Tu abuela, mucho menos —y aquí lanzó un disimulado suspiro de alivio—. Por lo tanto, sería nuestra mayor ilusión verte casada honradamente. Verte casada con un hombre digno, rico y que te defendiera.

—Sé defenderme sola.

—Porque estás protegida por el respecto que mi figura inspira incluso en esta ciudad, donde no se respeta a nadie. Pero el día que nosotros faltemos, no todo va a ser igual. Serás una mujer sola. Y demasiado sabes lo que ocurre en Arizona con las mujeres que están mucho tiempo solas.

—¡Por Dios, papá, llevamos horas y horas hablando de esto! ¡Ya casi está a punto de amanecer!

—No pararé hasta que tomemos alguna decisión.

—¿Qué decisión?

—¡Parece mentira! ¿Ésa es la atención que prestas a mis palabras? ¡Estamos hablando de casarte!

—Bueno —susurró ella resignadamente—. Casarme. ¿Y con quién, si puede saberse?

—Con Dale Thompson.

—¡Dale Thompson! Ni siquiera lo conozco. ¿Cómo pretendes que acceda a casarme con él?

—Tampoco yo le conozco. Pero mis socios, míster Rack y míster Crocket, me han hablado de él en términos francamente entusiásticos. Es uno de los jóvenes con más porvenir que existen en el Oeste central. Dueño de muchos buques que surcan el Mississippi, propietario de minas en Nevada y en California, heredero de inmensos ranchos de Texas, buen mozo, valiente y magnífico tirador, es el mejor partido con que yo puedo soñar para mi hija. Míster Rack y míster Crocket tuvieron tratos comerciales con él y le mostraron casualmente un retrato tuyo. Desde entonces, está tan enamorado de ti, que no sabe lo que le ocurre. En mi opinión, deberíais conoceros inmediatamente, y casaros antes de la próxima primavera.

—¡Pero, papá! ¿Tú sabes lo que dices?

—Naturalmente que sé lo que me digo. No hay en Tucson ni en Arizona entera un hombre que pueda compararse con Dale Thompson. La opinión de mis socios me merece en este sentido el más absoluto crédito. Cásate con él y formaréis los dos la pareja más completa, más rica y más afortunada de todo el Oeste.

—Llevamos toda la noche discutiendo lo mismo —dijo la abuela, con gesto de cansancio—. ¿No sería mucho mejor que nos fuéramos a dormir y ella pudiera consultar el asunto con la almohada?

—¡Soy un hombre de hierro! —exclamó el honorable Rock, dándose golpes en el pecho y poniéndose a toser de angustia acto seguido—. ¡Cuando empiezo un negocio, no ceso hasta dejarlo absolutamente concluido!

—La boda de tu hija no es un negocio.

—Usted, abuela, no intervenga en esto. Y, desde luego, si está cansada, retírese a dormir. Al fin y al cabo, lo único que ha hecho es estar toda la noche husmeando por el porche, no sé para qué.

—¡Ah! Misterio —dijo la honorable Epifanía Rock, enigmáticamente.

—Yo también estoy algo cansada —dijo la esposa de Silver Rock y madre de La Bella de Tucson—. Llevamos muchas horas discutiendo el asunto. ¿No te parece que deberíamos retirarnos a dormir, cariño?

El honorable Silver Rock palideció. Aquél: «¿No te parece, cariño?», quería decir más o menos: «O nos retiramos ahora o soy capaz de partirte un paraguas en el cráneo». De modo que se

incorporó, hizo una media reverencia y dijo:

—Cuando gustes, querida.

Eleonora se desperezó un poco, igual que una gata que se despierta, y contempló cómo desaparecían sus padres y su abuela por la puerta que daba a los dormitorios. En sus deliciosos labios se marcó un mohín de aburrimiento. Habían tenido ya muchas conversaciones como aquélla, y todas terminaban igual, sin concretar nada, porque ella no quería. Claro que ésta había sido la más larga y la más seria de todas. La Bella de Tucson, presentía algo.

Y algo iba a ocurrir.

Eleonora hubiese podido barruntarlo, caso de oír lo que en aquel momento su honorable padre decía a su esposa y a la abuela:

—He tomado ya una decisión —dijo Silver Rock—. Quiero que Eleonora y ese joven se conozcan.

—¿Pero cómo van a conocerse? —preguntó la esposa—. ¿No dices que ese joven vive en Kansas? ¿Es que vas a enviar a nuestra hija allí?

—No, pero él vendrá a verla.

—Eleonora se negará a recibirle en cuanto sepa para qué viene. Ya sabes que ése es su sistema. Ningún hombre ha logrado interesarla, y si es un señorito empingorotado, muchísimo menos.

—Ése no es un señorito empingorotado, o por lo menos no lo será cuando venga aquí.

Estaban al fondo del pasillo, en donde se hallaban las puertas de los dormitorios. Eleonora no podía oírles. Epifanía Rock, la abuela, puso los brazos en jarras y preguntó:

—Bueno, ¿pero puede saberse qué es lo que te propones?

—Muy sencillo. Hace unos días, bastantes antes de hablar de todo esto con Eleonora, envié un mensaje a ese joven. Le rogaba que viniese aquí en compañía de su padre, que es uno de los hombres más distinguidos y ricos del Oeste central. Tiene verdaderos baúles de acciones en los Bancos más prósperos de la nación. Pero yo les rogaba que no se presentasen aquí como dos caballeros, puesto que Eleonora sospecharía en seguida que venían a pedir su mano y se negaría a recibirlos. Según mi plan, deberían presentarse aquí como dos hombres humildes e insignificantes, de tal modo que Eleonora no recelase nada y les fuera otorgando su

confianza. Luego, cuando llegara a enamorarse de ese muchacho… ¡Je, je…! ¿Qué os parece mi plan?

—Bien, salvo que no me gustaría tener aquí a dos tipos mal vestidos —dijo la esposa de Silver Rock—. Serían un desdoro para nuestra espléndida y respetable mansión.

—¡Oh, no! Se trata de personas muy finas y educadas, aunque vayan mal vestidas. En seguida simpatizaréis con ellos. Y, desde luego, aunque Eleonora no debe notar nada, pues entrarán aquí como simples trabajadores, se les ha de tratar con el más exquisito tacto.

—¿Cuándo llegarán? —preguntó la abuela.

—No lo sé. Pero pueden estar aquí de un momento a otro. Hace ya varios días que envié el mensaje.

En aquel momento oyeron ligeros ruidos en el porche trasero de la casa, como si alguien se arrastrase sobre las tablas.

—¿Quién diablos estará ahí? —preguntó el honorable Silver Rock, sacando del cajón de una cómoda un revólver grande como una pieza de artillería.

Y sin pensarlo más, salió por la puerta trasera de la casa.

Capítulo III

UN Pistolero EN Camino

Mark y Kent se estaban arrastrando por el porche y oliendo las tablas, al igual que perros de caza, esperando encontrar alguna pista que les indicara dónde podía haber ido a parar el muerto.

—Pero ¿por qué nos importa eso tanto? —Gruñó Mark—. ¿Por qué no nos largamos en buena hora de aquí?

—Porque estamos ante un misterio —dijo Kent—. Y sabes que cuando hay un misterio, yo nunca me vuelvo atrás.

—¡Pero, hijo mío, cuanta más distancia haya entre ese cadáver y nosotros, muchísimo mejor!

—¿Y cómo vamos a saber la distancia que hay, si empezamos por no saber dónde está el cadáver?

En aquel momento, como si la palabra «cadáver» fuese un mal augurio, la puerta trasera de la casa, se abrió, y aquel revólver grande como una pieza de artillería que míster Rock empuñaba, apareció en el hueco.

—¡Arriba las manos!

Kent fue a sacar, pero una mirada de su padre, le bastó para disuadirle. El tipo que les encañonaba, aunque no parecía muy experto, tenía todas las ventajas.

—Nosotros no hacíamos nada, señor —dijo Mark—. Simplemente tratábamos de encontrar una postura cómoda para descansar un rato.

La luz del amanecer todavía era incierta. El resplandor de un farol de petróleo se filtraba, en cambio, por el hueco de la puerta. Míster Rock ordenó con voz firme:

—¡Acérquense aquí!

Los dos lo hicieron, con los brazos ligeramente en alto. Kent, cuya sangre hervía, estuvo a punto de saltar, mientras se acercaba. Pero se detuvo al pensar que si aquel tipo empezaba a hacer fuego, mataría también a su padre.

Pero aquel tipo no hizo fuego.

Por el contrario, abrió una boca descomunal, en forma de «O», cuando pudo verlos claramente a la luz del farol de petróleo.

—¡Pero si ya están aquí! —dijo—. ¿Cómo han llegado tan pronto?

—¿Cómo hemos llegado adónde? —balbució Kent—. ¿Qué es lo que está diciendo?

—Vamos, no hace falta que adopten ese tono —dijo el dueño de la casa, bajando el revólver—. Soy Silver Rock.

—Tanto gusto, señor… —dijo, por decir algo.

Pero a pesar de su temple, estuvo a punto de caer desmayado, al ver que el otro le tendía la mano.

—Es usted realmente maravilloso —dijo Silver Rock, mientras se la estrechaba entusiásticamente—. Tiene usted una gran amabilidad y un magnífico sentido del humor. Realmente hacía mucho tiempo que no veía un tipo con un aspecto tan curioso.

—He tenido que emplear para vestirme lo que estaba al alcance de mi mano, señor Rock —dijo Kent, en voz baja, sin comprender nada de todo aquello.

Pero había algo evidente, y era que aquel tipo sufría una confusión. Kent iba a decir algo para tratar de aclarar las cosas, aunque ello le perjudicase, cuando de repente, Silver Rock, dijo algo que hizo dar vueltas a su cabeza, y que le hizo pensar que realmente aquel tipo les conocía, por inverosímil que pareciese.

—No digamos nada de su señor padre —rió míster Rock—. También ha sabido componérselas admirablemente.

—¿Cómo? Pero ¿usted sabe que éste es mi padre? —susurró Kent, con un hilo de voz.

—Claro que lo sé. Naturalmente.

—¡Pero si usted no nos había visto nunca!

—Por supuesto que no. Yo no les había visto nunca. Pero eso no me impide conocerles como todo el mundo en el Oeste, ¿verdad? —preguntó, guiñando un ojo a Kent.

—¡Ojo, éste sabe quiénes somos! —susurró Mark a su espalda, de forma casi inaudible—. Seguramente se trata de un bandido que quiere emplear nuestros servicios. Síguele la corriente por si acaso. Pero de lo que no hay duda es que nos conoce…

—Bien, señor Rock —dijo Kent con expresión de circunstancias —. Nosotros… no quisiéramos haberle molestado con nuestra presencia en horas tan inoportunas y…

—¡De ningún modo! —se apresuró a decir Silver Rock—. ¡Han llegado ustedes en el momento más propicio que podía imaginar! Entren, entren, por favor, en esta casa…

—Bueno, entraremos. Pero ¿no cree usted que esto puede ser una imprudencia? —preguntó Mark.

Rock le palmeó la espalda, admirando los rotos de la camisa y el aspecto de verdaderamente vieja que ésta tenía. No cabía duda de que aquel hombre, un auténtico millonario, era también un artista para disfrazarse.

—Lo dice usted por Eleonora, ¿eh? —sonrió. Pero no tema, no cometeremos ninguna imprudencia. Van ustedes a aparecer como dos trabajadores que harán una serie de reparaciones en la casa.

—Oiga… —comenzó a decir Kent.

—No, ya sé que ustedes no están acostumbrados a esa clase de labores —le cortó Rock—. Y nada más lejos de mi pensamiento que humillarles con todo esto. Pero comprenderán que alguna solución hemos de encontrar para que ustedes permanezcan aquí. No conviene que estén lejos de esta casa. Y si fingen hacer reparaciones en ella…

Kent apretó los labios. Cada vez el misterio se espesaba más en torno a él. Primero desaparecía un cadáver y ahora aquel hombre —que por otra parte tenía un aspecto del todo honorable— aseguraba conocerlos y les ofrecía algo así como un empleo en su casa. Todo esto era muy extraño y merecía ser meditado. Pero todas las meditaciones huyeron como por encanto de la mente de Kent cuando la vio a ella, a La Bella de Tucson.

Eleonora acababa de salir del pasillo, procedente del salón. Y como ellos estaban ya en el interior, casi tropezaron.

No hacían falta ya lámparas de petróleo en la casa. La muchacha lo iluminaba todo. La muchacha les deslumbraba. La muchacha era tan hermosa como el sol cuando aparece en el horizonte.

Silver Rock hizo a Kent un guiño de complicidad, mostrándole a Eleonora.

—Ésta es mi hija —susurró—. Mi hija Eleonora, a la que algunas gentes poco educadas llaman por ahí La Bella de Tucson. Yo tenía mucho interés en que ustedes se conocieran. Éstos, Eleonora, son dos operarios especializados, que van a introducir algunas reformas en nuestra vieja casa. Han hecho un largo viaje y por eso tienen este aspecto. Para todas las reformas del hogar, estarán bajo tus órdenes…

* * *

El hombre tenía las piernas entreabiertas y el sombrero echado sobre los ojos. Guardó calmosamente su revólver e hizo una seña para que sus compañeros, que estaban parapetados tras unas rocas, se acercasen.

—Por eso no se movía. Está muerto.

Tres hombres salieron de entre el laberinto de rocas calizas. Los tres llevaban modernos rifles de repetición y «Colt Frontier», de calibre pesado. En sus cinturones canana había abundante munición, como si esperasen estar en descampado mucho tiempo.

El que les había hecho la señal llevaba sobre el chaleco una estrella de *sheriff*.

—Muerto de un balazo en el corazón —dijo, señalando el bulto agazapado que estaba a sus pies—. Ha debido sufrir poco, porque no ha tenido ni siquiera tiempo de «sacar».

—Buen susto nos ha dado —dijo uno de los hombres—. Tenía todo el aspecto de un tipo agazapado ahí para acribillarnos. Por unos momentos, yo creí que era ese loco.

—Ese loco no puede estar lejos —susurró el *sheriff*—. Pero no hay huellas por aquí. No tenemos ninguna pista.

—Nunca creí que Damp llegara a fugarse del penal —dijo uno de los hombres que estaban detrás, mientras acariciaba el rifle—. ¡Parecía estar tan bien vigilado! Pero pudo estrangular a un guardián y saltar la tapia exterior. Y ahora…

Con los ojos señalaba el cadáver.

—Smith tenía la obligación de patrullar por esta zona —dijo el *sheriff*—. Debió tropezarse con Damp, y éste fue más rápido. Damp es uno de los pistoleros más rápidos de Arizona en este momento. Y

además, no tiene corazón ni alma, está loco.

—En el penal todo el mundo le tenía miedo.

—Y nosotros no sabemos dónde está. Sólo podemos decir que no debe encontrarse lejos, y eso es todo. Pero creo que si no damos con huellas o rastros más concretos de su paso, nunca podremos encontrarle.

—¿Le parece un rastro poco concreto ese cadáver ahí, *sheriff*? —preguntó uno de los hombres.

El *sheriff* pareció olfatear el aire.

—Sabemos que Damp pasó por aquí hace poco, pero nada más. ¿Adónde se dirigió luego? Ése es el problema. Y hemos de dar con él, antes de que cometa nuevos crímenes, o bastarán pocos días para que se convierta en el terror de esta comarca.

Los hombres guardaron silencio, mientras miraban a su alrededor, como si buscasen pistas. Y de repente, uno de ellos abrió mucho los ojos y se dio una palmada en la frente.

—¡Damp no puede estar más que en un sitio! ¡Qué poca imaginación tenemos, diablo! ¡Se nos debió haber ocurrido mucho antes!

—¿Dónde puede estar? —preguntó el *sheriff*, sin lograr disimular del todo la curva de ansiedad que se había dibujado en sus labios.

—¿No vive por aquí cerca Nancy Hayes, la mujer que le traicionó?

—¡Por las pulgas de un coyote! ¡Naturalmente que sí! Nancy Hayes vive muy cerca de aquí, en las afueras de Tucson. ¡Y no hay duda de que ese maldito Damp ha pensado matarla!

Uno de los agentes del *sheriff* lanzó un agudo silbido. Inmediatamente, varios caballos que habían quedado ocultos entre las rocas, acudieron al trote, capitaneados por un negro de tres años.

El *sheriff* y sus tres ayudantes montaron en ellos. No había un minuto que perder. E instantes después, abandonando al muerto, se lanzaban en un desenfrenado galope hacia Tucson.

* * *

La casa era pequeña. Sin duda había sido habitada antes por algún grupo de vaqueros, porque en sus dos únicas habitaciones había varias camas montadas en pisos unas sobre otras, como las

literas de los buques. En una de esas camas, la más baja de un grupo, estaba tendida una mujer. Las demás, se hallaban vacías.

Toda la casa estaba muy abandonada y tenía un aspecto triste e incluso sórdido. De no ser por el sol que entraba a raudales por las dos ventanas, aquel interior hubiese recordado en cierto modo una cueva.

Triste lugar para los últimos minutos de una mujer como Nancy Hayes, que había conocido la fortuna, el amor y todos los bienes que contribuyen a hacer agradable la vida.

Era joven, muy joven, pues no tendría más de veinticinco años. Pero su aspecto demacrado y la palidez extrema de su piel, hacían que fuera muy difícil precisar su edad. Se había acostado vestida y respiraba fatigosamente. Cualquier médico, al verla, se hubiese dado cuenta de que estaba a punto de entrar en la agonía.

La casa donde Nancy Hayes se encontraba ahora distaba aproximadamente una milla de las primeras calles de Tucson. No estaba aislada, sino que había otras a su alrededor, habitadas por pequeños artesanos y gentes honradas de las que ansiaban establecerse en la ciudad, pero no querían ofrecer a sus hijos el espectáculo bochornoso de sus calles. Nancy Hayes, que bailaba y cantaba en un saloon, se había sentido más segura allí, que en cualquier hotel de Tucson. Pero ahora lamentaba con lágrimas en los ojos que aquellas paredes desnudas y agrietadas en parte, fuesen lo único que la rodeara en el momento de morir.

El trote de un caballo llegó desde la lejanía, acercándose rápidamente a la casa. Los cascos se detuvieron ante la puerta, y Nancy, expectante, escuchó con todos sus sentidos. Alguien, de improviso, empujó brutalmente la hoja de madera y entró en la habitación.

Aquel alguien era un hombre que llevaba un revólver en la mano. Un hombre cuyo aspecto hubiera helado el corazón a cualquiera que no se encontrase ya tan lejos de la vida como Nancy Hayes.

—¡Tú! —susurró de todos modos ésta, con un hilo de voz, sin poder contener su asombro—. ¡Dios mío! ¡Tú, Damp! ¡Tú, que no debías salir del penal en todos los días de tu vida!

Damp, sonriendo de una forma simiesca, avanzó poco a poco y se detuvo en el centro de la habitación.

Era un hombre alto, de inmensa corpulencia, pero con cierto aspecto de gorila. Tenía un ojo hundido y una oreja arrancada por un balazo. Su labio inferior partido, dejaba ver unos dientes amarillentos y desiguales. Tenía una quemadura en su mejilla izquierda. Y todo su aspecto inspiraba un sentimiento mezcla de asombro, repulsión y horror.

De sus dos ojos, sólo brillaba uno. El otro estaba quieto, oscuro como el interior de una tumba. Y con el ojo que brillaba, miró burlonamente a Nancy.

—¿Has venido a matarme? —susurró ésta, con voz casi inaudible.

—Tú me traicionaste, ¿no? —rió Damp—. ¿Qué esperas que haga? ¿Llenarte la cara de besos?

—Prefiero tus balas antes que tus besos, Damp —susurró ella—. Y si te traicioné fue porque te tenía miedo y asco. El mismo miedo y asco que me das ahora.

Hubo un estremecimiento en todos los músculos del gorila.

—Pero yo he vuelto. ¡He vuelto para matarte y para vengarme antes de un modo que nunca te atreviste a imaginar! ¡Vamos, levántate! ¡Levántate y baila sólo para tu querido Damp!

—Has llegado demasiado tarde —musitó ella—. Ése es mi único consuelo, Damp. Que siempre llegas demasiado tarde.

Retiró las ropas, descubriendo su vestido de calle. En ese vestido, a la altura del estómago, había una gran mancha de sangre. La sangre ya se había coagulado en parte. La herida debía haber sido causada una hora antes, Damp sabía demasiado bien que una bala en el estómago no perdona cuando ya lleva alojada en él una hora.

—¿Quién fue? —rugió—. ¿Quién?

—No te lo diré, Damp. Me das tanto miedo y tanto asco como siempre. No contestaré a ninguna de tus preguntas.

—¡Quiero que me digas quién fue! ¡Quiero matarle, porque él ha impedido una venganza con la que llevaba soñando dos años infernales! ¡Porque él te ha exterminado antes que yo!

—Si es así, sufre, Damp. Muérdete tus propios dientes. Llora como los cocodrilos y ríe como las hienas.

Damp, en el colmo del furor, sujetó por los cabellos a la mujer y la arrastró fuera del lecho. Ella gemía, estremecida de dolor. Ahora

pudo verse que todo su vestido de calle estaba empapado de sangre. La arrastró por el suelo y luego la castigó a puntapiés, salvajemente.

—¡Habla! ¡Dime su nombre! ¡Le haré saber con mi revólver que yo te quería viva para mí! ¡Viva para vengarme!

—Se llama… Keynes… —sollozó Nancy—. Ha disparado contra mí hace una hora… porque es una bestia salvaje. Y yo me he retirado aquí para morir… Éste es el pago que en Tucson tenemos las mujeres hermosas, Damp… Las mujeres que hemos despreciado a muchos hombres… Sólo nos rodean la tristeza, la desolación… y la muerte.

—Keynes… —susurró él—. Keynes…

—No te preocupes. Le han matado ya.

Damp la volvió a golpear con los dos pies, mientras rugía de rabia. La mujer tenía los ojos cerrados y sin duda, quería rezar, pero el dolor le hacía lanzar gemidos entrecortados y súplicas delirantes. Damp, cada vez más enardecido, hizo bajar el revólver. Pero en aquel momento, Nancy Hayes abrió los ojos y musitó:

—Tu venganza ha llegado tarde, Damp. No podrás…

Damp apretó el gatillo. Pero cuando la bala penetró en el pecho de la mujer, ésta estaba ya muerta. Había vuelto a cerrar los ojos y había curvado los labios en una sonrisa casi feliz. Damp disparó su revólver otra vez, y otra, y otra, hasta vaciarlo, mientras masticaba su propia rabia porque había llegado tarde para la venganza.

Contempló a la mujer. Nancy Hayes era rubia, muy bonita, con un pequeño lunar en la mejilla izquierda. Damp, que conocía muy bien su edad, se dijo que había muerto a los veinticinco años. Y, jadeante, la contempló desde arriba, como si aún esperara que reviviese para poder consumar en ella la horrible venganza con la que tanto soñó.

Pero había llegado tarde.

Había llegado cuando ya Nancy estaba a punto de morir, sin la asistencia de un médico, sin la asistencia de nadie.

Su fuga carecía en parte de objeto, porque ya no podría torturar a Nancy Hayes. Ya no podría hacerle sentir todo el peso de su odio. Eran inútiles todos los puntapiés, todas las violencias, todos los insultos que lanzara contra una muerta.

Pero en el cráneo torturado de Damp, en aquella mente diabólica, donde los peores crímenes habían sido ya imaginados,

brotó en aquel momento una nueva idea de terrible alcance: en realidad, la venganza que él iba a satisfacer sobre Nancy Hayes no terminaría nunca. Porque mataría a todas las mujeres que se pareciesen a ella. Porque las destruiría. Porque les haría sentir el peso terrible de su odio.

Buscó entre los cajones algo de dinero y lo encontró. Encontró también otro revólver y un viejo cinturón canana, que debieron dejar allí los primeros habitantes de la casa. Se lo ajustó y colocó en la funda una de las armas, guardando la otra en el interior de su camisa. Luego salió de la casa, tras dirigir una última mirada de odio al cadáver, montó a caballo y salió al galope en dirección a Tucson.

Cuando minutos más tarde llegaron el *sheriff* encargado de la vigilancia en la penitenciaría y tres de sus agentes, sólo encontraron a Nancy Hayes muerta, con huellas de haber sido maltratada y con varias balas atravesándole el pecho.

—Ese maldito Damp ha logrado vengarse —musitó el *sheriff*.

Pero estaba lejos de sospechar que no era así. ¡Estaba lejos de sospechar que Damp iba en busca de cualquier mujer joven que se pareciese a Nancy para hacerle sentir todo el terrible peso de su odio, para exterminarla!

Capítulo IV

Una Mujer Rubia

El honorable Rock se atusó los bigotes, que le daban el aspecto de un hombre muy respetable y muy puesto en su sitio, y preguntó:

—¿A quién te pareces tú, hija mía? No sé, pero es como si en Tucson hubiera visto hace poco a una mujer que tiene contigo cierta semejanza.

—¿Alguien que se parece a mí? Nadie me había hablado nunca de ello —susurró Eleonora, que estaba terminando de arreglarse ante su tocador.

—¡Ah, ya recuerdo! —dijo el honorable Rock, llevándose dos dedos a la nariz como si fuera a aspirar rapé—. Se trata de una bailarina. La bailarina principal de un saloon.

—¡Pero, papá, tú no irás a esos lugares! ¡Tú no conocerás a ninguna de esas bailarinas que han dado tan triste fama a la ciudad de Tucson!

—¡Oh, claro que no, hija mía! Tu padre es una de las pocas personas respetables que quedan en la ciudad. Lo que ocurre es que uno no puede evitar mirar a veces los carteles y anuncios que pegan en la puerta de los saloons, y por ellos ve caras que no debiera y se entera de cosas que sería preferible ignorar.

—Después de esto me quedo más tranquila —dijo Eleonora lanzando un suspiro, porque una de las cosas que había temido siempre era que su padre hiciese como algunos rancheros, que terminaban fugándose más al Oeste con cualquier bailarina.

Pero para que su tranquilidad no durase demasiado tiempo, en aquel momento se oyó un martillazo que por poco hunde una de las

paredes maestras de la casa.

—¿Qué han venido a hacer esos dos hombres, papá? Llegaron ayer al amanecer y desde entonces no hacen más que pegar martillazos, pero me da la sensación de que no tienen idea de lo que es reparar una casa.

—Primero tienen que acostumbrarse al tipo de construcción de la nuestra —dijo el honorable Rock. Y en seguida, aventuró—: ¿Qué te parece el joven?

—¿Qué joven?

—¿Quién va a ser? Te estoy hablando de esos dos hombres que llegaron ayer a nuestra casa…

—Yo he creído que una señorita de mi posición no debía fijarse en ellos, papá.

El honorable Rock carraspeó, temiendo que todo su plan se viniese a tierra.

—Ya sé que no son exactamente de nuestra clase —dijo diplomáticamente—. Pero ello no impide que te hayas fijado en ellos. Vamos, no niegues que el joven te ha causado una gran impresión.

—Reconozco que es un gran tipo —dijo ella—. Más que ese estúpido de Dale Thompson, con el que esperas casarme algún día.

—Pero ¿cómo puedes decir eso si no le conoces aún?

—Dale Thompson nunca podrá ser como ese tipo, como el más joven. Reconozco que no he visto a nadie igual desde que me di cuenta que mis ojos son de mujer y no de hombre.

El honorable Rock se frotó las manos, satisfecho. Las cosas marchaban bien para casar a su hija con el joven más rico del Oeste central. En estos momentos se sintió orgulloso de su plan y se admiró de la discreción de los dos forasteros, que, pese a su elevada condición, aún no habían formulado ninguna protesta desde que él les dijo que podían empezar a «arreglar» la casa.

Pero en este momento vino a turbar sus pensamientos otro martillazo que hizo temblar hasta los cimientos del edificio.

—¡Esto es insoportable! —dijo La Bella de Tucson, levantándose y ajustándose bien su ceñido vestido de calle—. ¿No te das cuenta? ¡Están destrozando nuestra casa! ¡Voy a hablar con ellos y a decirles cuatro cosas que necesitan oír!

Su padre se frotó las manos.

—Ve, ve, hija mía, y habla con ellos. Sobre todo, no dejes de decirle al más joven todo lo que tengas en la lengua. No olvides en ningún momento que están aquí bajo tu dirección.

Eleonora salió hecha una furia. Vio a Mark —los dos habían dado sus verdaderos nombres, aunque el dueño de la casa creía que eran falsos—, quien estaba cambiando unos muebles de sitio. Pero no llevaba en la mano ningún martillo.

—¿Qué está usted haciendo? —preguntó Eleonora—. ¿Dónde han sonado esos horribles ruidos?

—Es mi hijo. Está en la habitación ropero, creo yo. Algo habrá visto mal puesto, cuando mete tanto ruido.

—Al que le veo mal puesto es a él.

Y fue directamente a la habitación ropero, que estaba en el mismo piso. Lo que vio allí era inenarrable.

La habitación estaba llena de vestidos de Eleonora, de su madre y de su abuela. Kent habría estado manipulando en la barra que sostenía las innumerables perchas, y la barra con docenas de vestidos, había caído encima de él. El joven se debatía ahora, tratando de quitarse de la boca unos encajes y de los párpados un camisón que le había tapado casi por completo la cabeza.

En estas circunstancias no vio a Eleonora, que acababa de entrar y se había detenido frente a él. De lo único que Kent, sentado en el suelo, se preocupó fue de quitarse vestidos de encima.

—¡Uno! —gritó, mientras arrojaba el camisón al aire—. ¡Dos! —aulló, lanzando el traje de noche, lleno de puntillas y encajes—. ¡Tres! —vociferó alegremente, mientras tiraba de las faldas de Eleonora, creyendo que se trataba de un vestido más.

—¡Cuatro! —gritó la muchacha, asestándole un puntapié en la nariz.

Kent quedó medio tendido en el suelo, y desde allí, atisbo a Eleonora, quien le contemplaba altiva y furiosa como una reina.

—¿Puede saberse qué es lo que estaba usted haciendo? —gritó—. ¿Con qué permiso cambió de sitio todas las cosas de esta casa?

—Su señor padre me dijo… —balbució Kent.

—¡A usted no le importa lo que le dijera mi señor padre! Yo soy la que dispone en todas las cuestiones del hogar, ¿comprendido? ¡Y lo primero que dispongo es que coloque todo esto como estaba!

Kent se levantó y empezó a ordenarlo todo lo mejor que supo.

—¡Además, me gustaría saber qué es lo que busca usted aquí! —exigió Eleonora—. ¡Y por qué lo revuelve todo!

—Estoy buscando un cadáver —dijo sencillamente Kent, mirándola a los ojos.

—¿Cómo? ¿Un cadáver?

—Sí. Y usted debe saber alguna cosa.

—Pero ¿se ha vuelto loco? ¿De qué me habla?

—Hablo del cadáver del *sheriff*.

La Bella de Tucson apretó los labios y estuvo a punto de dar una bofetada a aquel hombre, creyendo que se burlaba de ella. Pero logró contenerse en el último momento.

—Mire, señor Kent o como se llame. A mí, en el fondo, no me importa lo que usted haya venido a hacer aquí, aunque lamento la equivocación de mi padre, al traerles. ¡Pero como vuelva a decir que en esta casa se ocultan cadáveres ordenaré a los criados que le arrojen por la ventana inmediatamente!

Kent se daba cuenta de que con sus palabras se estaba perjudicando a sí mismo, pero aquel misterio podía más que él. Y durante la última noche no había logrado dormir pensando dónde habría podido meterse el cadáver del *sheriff*.

—Sin embargo, aquí se oculta algo. Y usted lo sabe tan bien como yo.

Eleonora no pudo ya contenerse y propinó la bofetada a Kent. Éste no movió la cara. Pareció como si, a pesar de todo, le gustase el fino contacto de la mano de La Bella de Tucson. Antes de que ésta pudiera retirarla, se la sujetó por la muñeca. Luego la otra. Y la muchacha, temblando de excitación y de ira, quedó muy cerca de él.

—Pareces una paloma asustada —susurró él—. Parece como si tuvieras miedo de mis brazos.

—¡Suélteme! —gimió ella—. ¡Suélteme o llamaré a mi padre!

Su padre lo estaba escuchando todo desde detrás de la puerta, pero en aquel momento no hubiese acudido ni aunque le hubieran llamado a cañonazos. ¡No había duda de que Dale Thompson, el multimillonario y su hija Eleonora, se estaban enamorando como dos tortolitos!

Pero lo que el honorable Rock no podía ver desde detrás de la puerta era el extraño brillo que había en los ojos del hombre. Y la

expresión un poco febril, ansiosa, que había en los de la mujer.

—Nadie me había apretado nunca las muñecas de ese modo —susurró Eleonora—. Y ningún hombre me ha tenido prisionera entre sus brazos.

—Entonces estamos en igualdad de condiciones —susurró él—. Porque mis manos nunca han rozado las muñecas de una mujer como tú.

—Con la sola diferencia de que yo no he perdido la cabeza, y usted sí, señor Kent. Usted ha perdido la cabeza, porque lo que acaba de hacer le costará salir inmediatamente de esta casa.

—¿Por qué? No la he besado aún…

—¿Quiere decir que se atrevería a hacerlo? —susurró ella—. ¿Sería tan insolente?

—Podemos probarlo…

La presión en las muñecas de la mujer se hizo más insistente, más firme, más peligrosa. Eleonora, con los ojos entrecerrados, le miró fijamente, sin miedo, y se dijo que nunca había visto a un hombre como aquél. Y sin miedo, entreabrió los labios, acercando su rostro al de Kent.

—Podemos probarlo…

El aflojó la presión en torno a las muñecas de la muchacha, mientras se acercaba un poco también. Y ése fue el momento que Eleonora aprovechó para desasirse bruscamente y propinarle dos nuevas bofetadas. Se las propinó con fuerza, con ira, con toda su alma. Kent tampoco se movió. Sólo sus labios se distendieron para decir:

—Gracias. Por algo se empieza.

El honorable Rock, haciéndose el inocente, penetró entonces en la habitación.

—¡Hola, señor Kent! ¿Usted aquí? ¡Qué sorpresa! Vamos, hija mía, termina de arreglarte, porque de lo contrario, vamos a llegar tarde a la fiesta de los Brando.

—Estoy arreglada —dijo ella, con los labios apretados y las facciones intensamente rojas.

—Es que ya son las nueve de la noche. Si llegásemos tarde, lo interpretarían como una desatención. De sobra sabes que son, con nosotros, la familia más distinguida de Tucson.

—Y la más aburrida también. Pero ¡qué le vamos a hacer!

Iremos a su «fiesta».

El honorable Rock miró de pies a cabeza a Kent, como si acabara de ocurrírsele una idea.

—¿Y usted? ¿Por qué no viene?

—¿Que por qué no voy? ¿Se ha fijado usted bien en mi aspecto?

—¡Vamos, vamos, no lleve usted tan lejos su disimulo, amigo mío! Si quiere, yo puedo prestarle ropa. Entre tanta como hay en mis armarios, encontrará alguna que le vaya bien.

Eleonora, roja de indignación, asistía a aquel diálogo, insólito para ella. ¿Sería posible que aquel desharrapado se atreviese a asistir a la fiesta de los Brando? ¡Sería inconcebible! Pero lanzó un suspiro de satisfacción al oírle decir:

—Gracias, señor. Esas cosas no se han hecho para nosotros. Mi padre y yo estamos acostumbrados tan sólo a las cosas de la pradera; le agradezco su invitación, pero no podría aceptarla ni aunque dispusiese de los mejores trajes del mundo. Cuando uno es un patán, no deja de serlo porque una noche se vista como un caballero.

—Bueno, bueno, como quiera —dijo el honorable Rock, un poco confundido, sin comprender por qué aquel millonario se tomaba tan a pecho su papel—. Salga a pasear por ahí con su señor padre. La vida nocturna de Tucson le gustará, aunque a ustedes dos tal vez les parezca algo peligrosa.

—¿Pero crees que algo les puede parecer peligroso a esos dos? —saltó Eleonora—. ¡Si en mi vida he visto tipos más patibularios que ellos! ¡Si sólo les falta llevar anudado al cuello un pedazo de cuerda!

—¡Hija, esas palabras son una prueba de mala educación! —dijo el honorable Rock, mirando de soslayo a Kent, quien sonreía como si todo aquello no le hubiera ofendido en lo más mínimo.

—No he querido insultarle —dijo Eleonora, un poco confundida —. Pero sigo opinando que su aspecto no es el más indicado para asistir a una fiesta.

—No iremos, señorita. Yo soy el primero en decir que ni mi padre ni yo podríamos entrar en un lugar así. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Eleonora—. Espero que se divierta. Y si encuentra el cadáver, ya me avisará.

—¿Qué cadáver? —preguntó su padre en voz baja, mientras

salían de la habitación.

—No hagas caso. Ese hombre está medio loco. Sostiene que ocultamos un cadáver en la casa.

—Eso es inconcebible… Tendré que hablar con él.

—No lo hagas. ¿Para qué? En el fondo, su padre y él resultan unos tipos la mar de divertidos.

Salieron al vestíbulo, donde ya les esperaba la honorable *mistress* Rock y la aún más honorable Epifanía, la abuela. Las dos relucían igual que si sus vestidos fueran una mina de oro de California. Y solemnemente cogidos del brazo, se fueron todos a la fiesta de los Brando.

* * *

Lo malo de los Brando era que cuando organizaban una fiesta lo hacían pensando en las personas de sesenta años para arriba. Y así de divertidas resultaban ellas.

Después de varias sesiones de canto a cargo de la esposa del banquero y de la madre política del juez, hubo recital de poesías a cargo de un contable a quien un pistolero dejó sordo de un balazo tiempo atrás. Y por fin, comenzó el baile, que era la única cosa animada del programa.

Desde la calle, sentados en un porche polvoriento, Mark y Kent contemplaron las ventanas abiertas de la mansión de los Brando. Y vieron evolucionar las parejas, y entre esas parejas a Eleonora, a quien tenía en sus brazos un oficial de caballería.

Varios pistoleros más contemplaban la fiesta mientras fumaban silenciosamente en la penumbra del porche.

—Ésa es gente fina —dijo Mark—. Gente que se ha adelantado a su época.

—¿Por qué?

—Porque la ciudad no está para fiestas aún. Ésta es la época de la violencia y de los pistoleros. La época de la finura y de las fiestas, tardará por lo menos cincuenta años en llegar.

—De todos modos, hemos de reconocer que al menos hacen bonito en la ciudad de Tucson. Nosotros, no.

Mark observó que los ojos de Kent no se apartaban de la figura de Eleonora, que aún seguía recortándose a intervalos en la ventana. Y observó también que los nudillos del joven estaban

blancos, de tan cerrados que llegaba a tener los puños.

—¿Qué te ocurre con esa chica, muchacho?

—¡Oh, nada! Es como el que mira la luna, porque la luna le parece hermosa. Sólo eso.

—¿No crees que es muy raro todo lo que nos ocurre? ¿Qué explicación le das tú?

—Por un lado, pienso que ese hombre ha sufrido una confusión. Por otro, parece como si nos conociera bien. Adivinó inmediatamente que éramos padre e hijo. Y pareció como si nos estuviese esperando.

—Sí, eso es lo más extraño.

—De todos modos, resulta algo peligroso estar aquí. En realidad, ésta es la primera noche que salimos a la calle, desde que nos ocurrió lo del *sheriff* y entramos en esa casa.

—Nadie se fija en nosotros. Todo el mundo está pendientes de lo que ocurre en esa casa, en la de los Brando. ¿Qué más da que por ahí haya pasquines poniendo precio a nuestras cabezas? He visto en la ciudad docenas y decenas de ellos. Parece como si en Tucson todo el mundo fuese delincuente. Nadie se fijará en nosotros.

—Pero lo extraño es que no se haya fijado él. Quiero decir Silver Rock, el dueño de la casa. Unos pasquines con nuestras caras están muy cerca de aquí. Tiene que haberlos visto.

—Me parece que ése no ve nada. Es más distraído que un pulpo con guantes. Además, sale muy poco de su casa, y lo más probable es que los pasquines que el *sheriff* va colgando por ahí le tengan sin cuidado. Él se preocupa de otras cosas: de su dinero, de sus tierras, de su hija…

—¡Hum! De todos modos, no estoy tranquilo. Puede tardar un día o dos en verlos, pero es seguro que en el momento menos pensado se dará de narices con uno de esos dichosos carteles. Se enterará de quiénes somos. Y entonces, ¿qué va a ocurrir?

—Yo ya me hubiera largado de esa casa. Pero me extraña lo del *sheriff*. Tienen que haber metido el cadáver en alguna parte.

—¿Y estás seguro de que son ellos?

—¿Quién pudo ser? Si alguien tuvo posibilidad de oírnos, fueron ellos. Y sólo a ellos se les ocurriría mirar en el porche de su propia casa.

—Entonces, ¿qué es esto? ¿El juego del gato y el ratón? ¿Por qué

no nos hacen detener de una vez?

—Quién sabe si ellos también tendrán algo que ocultar. Y quién sabe si habrán decidido emplearnos a nosotros con alguna intención que ignoramos todavía. Yo ya no sé qué pensar.

En silencio, siguieron luego mirando hacia la ventana, brillantemente iluminada. La Bella de Tucson seguía danzando, pero cada pieza con una pareja distinta. Sin duda no otorgaba sus favores a nadie en particular y eso, sin que supiera por qué, agradó a Kent, quien no cesaba de mirarla.

De repente vieron pasar por el centro de la calle a cuatro hombres. Todos iban poderosamente armados. Y uno de ellos llevaba sobre el chaleco una estrella de *sheriff*.

—¡Cuidado! —dijo Mark a su hijo, atizándole un codazo que por poco le deja sin respiración.

—¿Es que ya han nombrado nuevo *sheriff*?

—Ése no tiene aspecto de ser de aquí. Fíjate en que él y sus hombres van cubiertos de polvo. Más bien produce la sensación de que están buscando a alguien.

—Bueno, a lo mejor somos nosotros…

—No creo que tras nuestras huellas enviaran a cuatro hombres armados. Total, sólo estamos reclamados por robar caballos y unos pares de botas. Es lo menos que se puede robar en esta tierra.

—Entonces ¿a quién estarán buscando ésos?

—Cualquiera sabe. Pero, por si acaso, creo que lo mejor sería escabullimos —dijo Mark, más prudente.

—¡Bah! ¡Han seguido su camino! No se han fijado ni siquiera en ninguno de los que estamos en el porche.

En efecto, el *sheriff* y sus hombres habían desaparecido, doblando hacia una calle lateral. Kent dijo:

—Lo curioso es que yo he asegurado a Eleonora que en su casa íbamos a encontrar algún cadáver.

—Has hecho mal. No debieras haber dicho nada. Y no me cansaré de repetirte que lo mejor para los dos, sería estar bien lejos de aquí.

Kent miró reflexivamente a su padre durante unos instantes.

—¿Te has fijado? A ese hombre, a Silver Rock, no lo hemos visto pasar ante la ventana ni una sola vez. Da incluso la sensación de que no está en la fiesta.

—Sí, es cierto. En los descansos de la orquesta todo el mundo va de un lado a otro, y he visto ya a toda la familia Rock. Pero él no ha pasado por ahí ni una sola vez.

—Estará bebiendo en algún rincón, el tunante. A su edad, y con esa mujer, es posible que yo hiciera lo mismo.

Transcurrió un largo rato, durante el cual no hablaron. Ninguno de los dos tenía ya sensación de la hora ni del tiempo. Era como si la noche fuese eterna, como si no hubiera de acabarse nunca. Eleonora seguía danzando y cambiando de pareja. De vez en cuando, su figura pasaba frente a la ventana abierta, y entonces era como si ésta se iluminara con nuevos rayos de luz. Kent no dejaba de mirarla y cada vez la veía más hermosa y más lejana, como un sueño que desaparece.

Al fin, hacia las dos de la madrugada, y cuando la vida nocturna de Tucson empezaba a decrecer, los Brando dieron por terminada la fiesta.

Las parejas y las familias empezaron a salir. Mark y Kent notaron que había varios vaqueros, sin duda pertenecientes al equipo de los Brando, que vigilaban discretamente la calle, a fin de que los pistoleros y los borrachos no molestasen a los que salían.

Eleonora, acompañada de sus familiares, se dirigió a su casa, que estaba muy cerca de la de los Brando. Para ello tuvieron que pasar junto al porche donde estaban sentados Mark y Kent.

—Pero ¿todavía están ustedes despiertos? —preguntó Silver Rock, con expresión compungida—. ¡Cuánto lamento que no hayan venido a la fiesta! ¿Por qué no me hacen el honor de tomar una copa en mi compañía?

—Tú ya no tomas más copas —dijo la abuela—. Y menos en un saloon de ésos, en que salen bailarinas enseñando un poco de aquí y otro poco de allá. Tú te vas a dormir con una bolsa de hielo en la cabeza.

Pero estaba escrito que Silver Rock no iba a dormir en toda aquella noche.

—Les acompañamos —dijo Kent—. Nosotros íbamos a retirarnos también. Por cierto, ¿no podríamos abandonar nuestro dormitorio y trasladarnos a dormir a un sitio más acogedor, por ejemplo, la cuadra?

—¡Qué bromista es usted! —dijo Silver Rock—. ¡Usted

durmiendo en una cuadra! ¿Cómo puede decir eso, si ha conocido los mejores hote…? —se interrumpió al notar que su hija le miraba —. En fin, es usted un tío con toda la barba. Veo que cuando se empeña en hacer una cosa, la hace bien.

—A ese individuo no hay quien le entienda —dijo Mark en voz muy baja—. Nos ha dado un dormitorio de príncipes, como si fuésemos algo. Y la verdad es que en la cuadra, yo también me sentiría mucho más a gusto. No tendría uno necesidad de quitarse las botas.

Entraron en la casa, en la cual, al parecer, sólo había quedado un criado aquella noche. El vestíbulo estaba brillantemente iluminado. Silver Rock tendió la mano a sus huéspedes antes de subir la escalera que conducía al piso superior.

—Buenas noches. Les deseo un placentero descanso. ¡Ah, y no olviden que mañana es domingo! Pueden levantarse tarde. Nosotros lo haremos con el tiempo justo para llegar a los oficios en la iglesia.

Las dos mujeres mayores habían subido ya. Eleonora, que se estaba mirando en un espejo de la planta baja, se retrasó un poco. Fue a subir la escalera, cuando ya Mark y Kent iban a retirarse.

—¿Ha pasado usted mucha envidia, señor Kent? —susurró, dirigiéndole una extraña mirada.

—¿Envidia? ¿Por qué?

—Me ha estado usted contemplando toda la noche.

—Miraba a las otras mujeres. Había una rubia que quitaba el hipo. Una que iba con un vestido blanco.

Eleonora hizo un mohín de despecho y empezó a subir los peldaños. Pero a mitad de éstos, se volvió para preguntar:

—¿Aún cree que hemos ocultado un cadáver en esta casa, señor Kent?

—Estoy persuadido de ello.

—¿Y por qué no lo busca, entonces? Creo que ésa será una labor muy divertida.

—Quizá lo haga. Ésta es noche de sábado, noche de brujas, según dicen. Es posible que me dedique a revolver todas las habitaciones de esta casa, tratando de encontrarlo.

—En tal caso, le deseo mucha suerte, señor Kent. Y puede que incluso le ayude.

—Se lo agradeceré —dijo él, con cierta sorna—. Aunque, si estoy

a su lado, no me daré cuenta de que hay cadáveres ni aunque me los pongan montados en la espalda.

—Es usted un grosero, Kent. Y creo que será mejor que pida ayuda a la rubia del vestido blanco.

Irguió la barbilla. Kent, ahora que ella no le veía, la miró desde abajo, con la boca abierta.

—Bueno, vamos a dormir —dijo Mark, sujetando por el cuello a su hijo—. A cada minuto que pasa, veo más cerca el desastre.

—Antes tenemos que encontrar ese cadáver. Tenemos que registrar la casa. Es nuestra oportunidad.

—Creo que te estás volviendo loco, hijo. Antes no eras así. Y lo de ese cadáver te obsesiona.

Kent se llevó una mano a la frente, mientras con una expresión de cansancio cerraba los ojos.

—Sí, quizá tengas razón. Estoy obsesionado. Y con las obsesiones no se llega a ninguna parte, excepto al manicomio. Vamos a descansar unas horas esta noche, y mañana, antes de amanecer, nos, largamos de esta casa. Puede que en California nos vayan mejor las cosas.

—Ahora, hijo mío, estás hablando como un auténtico señor. Vamos a nuestra habitación.

Fueron. Y la abrieron.

Dentro de la habitación, no había un cadáver.

Había cuatro.

CAPÍTULO V

TUCSON, CIUDAD PELIGROSA

No habían tenido tiempo ni de encender la luz. Pero los veían al resplandor de la luna, que se filtraba blanco y fúnebre por una de las dos ventanas.

Los cuatro muertos estaban juntos, tendidos de bruces en el suelo, y casi inmediatamente debajo de la ventana, por donde penetraba la luz de la luna. La ventana estaba abierta y con las cortinas descorridas. Por el suelo de la habitación se extendía una gran mancha de sangre.

Kent tuvo que sujetar a su padre para que éste no echase a correr. Y entró en la habitación, mirando la escena con ojos donde el asombro se mezclaba a la furia.

—Yo me largo, hijo, y no paro hasta California. No es que tenga miedo. Es que no me gustan las cosas que no entiendo. Y de esto no entiendo nada, nada, nada, excepto que el diablo está en esta casa.

—Si el diablo se encuentra aquí, tendré mucho gusto en saludarle —dijo Kent.

Se adentró más en la habitación, procurando no pisar la sangre, y poco a poco, dio vuelta a los cuatro cadáveres. La expresión de asombro de su rostro se había ido haciendo más intensa a medida que efectuaba aquella lúgubre tarea.

—¿Recuerdas a los cuatro hombres armados que vimos pasar mientras contemplábamos la fiesta? —preguntó a su padre, quien lo miraba todo desde el umbral.

—¿Un *sheriff* y tres agentes?

—Los mismos. Son éstos.

—¡No es posible!

—Es un hecho. Los reconozco porque me fijé bien en ellos. Y sobre todo el *sheriff* es inconfundible.

—¿Cómo han muerto? ¿Quién diablos ha podido matar a cuatro tipos así, sin meter ruido?

—Alguien que maneja muy bien el puñal, supongo.

—Me gustaría que me diese lecciones. Me gustaría saludarle.

—A mí, no, hijo. Y yo no quiero saber ya nada más de este poblacho. Me largo de Tucson. ¡Me largo de aquí, diablos!

—Pero ¿es que te falta valor, padre?

Mark se ofendió:

—¿Crees que no hacía falta valor para aguantar a tu madre? ¿Y para educarte a ti, so bruto?

De repente, se llevó las manos a la cabeza y estuvo a punto de lanzar un alarido.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Kent.

—¿Te das cuenta? ¿Quiénes somos nosotros aquí? ¿No somos unos desconocidos y unos sospechosos en Tucson?

—Sí, pero…

—¡Creerán que a esos cuatro tipos los hemos matado nosotros, idiota!

Los dientes de Kent produjeron como un chasquido.

—¡No me importa lo que crean! ¡Éste es un misterio demasiado grande y quiero resolverlo! ¡Primero desaparece un muerto! ¡Luego aparecen cuatro! ¿Crees que me voy a marchar así, sin saber qué mano es la que anda en todo esto?

—Mira, hijo, la que va a andar por aquí es la mano del verdugo. ¡Vámonos!

—Este *sheriff* no tenía jurisdicción sobre la ciudad —dijo Kent, sin poder separar su mirada de los muertos—. Fíjate en que lleva el brazalete de un establecimiento penitenciario. Debería estar encargado de la vigilancia de los reclusos.

—Y eso significa que alguien se ha escapado y que ellos lo iban buscando, ¿no? ¡Pues el que se ha escapado es el que les ha dado muerte! ¡Ya sabes bastante, hijo! ¡Larguémonos a toda marcha de aquí, antes de que empiece a despertarse todo el mundo en la casa!

Dijo esto con un alarido capaz de despertar a los mismos muertos. Kent hizo una señal.

—¡No grites de esa manera! ¡Puedes ponernos en un apuro!

Pero el apuro ya estaba en marcha. Ya se oía a alguien que bajaba por las escaleras de la casa.

—¡Ocultémonos! —gritó Mark.

—¿Ocultarnos? ¿Por qué?

—¡Por lo menos hasta saber quién es! ¡No podemos estar aquí pasmados en espera de que nos encuentren!

Mark ya se había ocultado tras una cortina de terciopelo de las que había en la habitación, y tuvo la suficiente fuerza para dar un tirón del brazo de su hijo y atraerlo junto a él.

Estuvieron en silencio unos instantes. Las pisadas se aproximaban, y Kent notó que eran de mujer. Iba ya a salir, cuando en ese momento, se abrió la puerta y Eleonora entró en la habitación.

—¡Oh! —gritó.

Había visto a los muertos. Sus ojos se dilataron de horror. Y antes de que nadie pudiera evitarlo, había cerrado la puerta de nuevo.

—¡Eh! —gritó Kent—. ¡Oiga!

—¡Hijo mío, no salgas! ¡Si te ahorcan, no puedo pagar tu entierro!

—¡Cállate de una vez! ¡Nos van a ahorcar a los dos si seguimos aquí!

Salió de su escondite y abrió la puerta. Vio que Eleonora, al fondo, iba a subir las escaleras. La escena estaba iluminada por una pequeña lámpara de petróleo colocada sobre una mesa, aproximadamente en el centro del vestíbulo. Y de repente esa lámpara se apagó.

Pareció como si unos labios misteriosos hubiesen soplado la llama. Pero no habían soplado unos labios. Lo que acababa de ocurrir era mucho más sencillo… y más inquietante.

La lámpara, que sin duda la muchacha había bajado consigo, no tenía el cristal protector, sobre la llama. Y una corriente de aire repentina había apagado ésta. Una corriente producida por alguna de las ventanas del vestíbulo, al abrirse secamente…

Kent gritó:

—¡Chist! ¡Eleonora! ¡Soy yo, Kent!

Oía un ruido a su izquierda. Alguien, probablemente vestido de

negro, acababa de entrar en el vestíbulo por la ventana recién abierta. Pero no podía distinguir ningún relieve.

—¿Está usted ahí, Kent?

—Sí, acérquese. No tema. Yo te explicaré…

Eleonora avanzó, tendiendo la mano. No podía ver absolutamente nada. Su mano fue apresada por otra que la estrechó con una extraña fuerza, casi con violencia.

—No apriete usted así, Kent. No es necesario… ¿Qué es lo que tenía que decirme? ¿Y qué ha ocurrido… en esa habitación?

—Pero ¿desde dónde habla usted, Eleonora?

La muchacha lanzó un respingo, que estuvo a punto de transformarse en un alarido cuando se dio cuenta de que la voz del joven no sonaba frente a ella, sino a su izquierda.

Y la mano que la apresaba era viscosa, larga, estaba empapada en un sudor frío y espeso…

¡La mano del asesino!

Eleonora lanzó un grito de agonía, tratando de desasirse. Pero no pudo. La mano era fuerte y resistente como una verdadera garra. Al querer dar media vuelta para huir, alguien tiró de ella y se encontró envuelta entre dos brazos. Vio junto a su rostro los rasgos siniestros de una cara demasiado blanca, y unos ojos inmóviles, diabólicamente fijos, diabólicamente negros…

—¡Kent! —gritó—. ¡Kent…!

El joven se lanzó hacia adelante. Estaba acostumbrado a guiarse en la oscuridad, y un grito era para él tan buena guía como un rayo de luz. Encontró a Eleonora tras palpar suavemente en las tinieblas, y luego a una silueta negra que se movía junto a ella. Contra esa silueta, dirigió Kent sus dos puños, entrechocando los dientes de rabia.

El impacto fue directo y tan seco y brutal que pareció hacer estremecer las paredes.

La silueta cayó hacia atrás. Se oyó el ruido de una mesa y de varias sillas al ser volcadas. Kent se lanzó entre las tinieblas, buscando de nuevo a su enemigo.

Cuando había pegado el primer golpe ya no sabía detenerse. Era como un terremoto.

Pero esta vez hizo mal.

Eleonora se encontró de repente sola, y lo primero que pensó fue

subir al piso superior, donde podría procurarse luz y donde estaban su abuela y sus padres.

Unos segundos más tarde, subía por las escaleras con la velocidad de una gacela.

Kent vio rebrillar un cuchillo en la oscuridad, pero no se asustó. Por eso. No le detuvo ni siquiera el pensamiento de que aquel cuchillo había servido ya seguramente para asesinar a cuatro hombres. Ahora sus puños le pedían acción, acción demoledora, y no tenía más remedio que obedecer a sus dictados. Con velocidad y precisión de catapultas, sus dos brazos se movieron en las tinieblas. El cuchillo le rozó, pero su dueño fue lanzado hacia atrás con más fuerza que si hubiera chocado contra una manada de búfalos.

—¡Esto no ha hecho más que empezar! —rugió Kent—. ¡Espera!

Desde un rincón de la oscuridad, se oyó la voz plañidera de Mark, que gemía:

—Hijo mío. Ese al que le estás atizando de tal manera no será un *sheriff* ni un juez, ¿verdad?

—¡Es un asesino!

—Menos mal. Pues cuando le hayas atizado, mira a ver si lleva algo de dinero encima.

Kent lanzó una imprecación y buscó de nuevo entre las tinieblas a su enemigo. Pero éste no había esperado. Trepando con el silencio y la rapidez de un gato, se había dirigido por las escaleras al piso superior, detrás de Eleonora.

—Espera, hijo —dijo Mark desde las tinieblas—. Voy a hacer luz. Me sabría mal que se hubiese caído alguna moneda y no encontrarla.

Kent volvió a lanzar una maldición, pero nadie le hizo caso.

Creyendo firmemente que su enemigo estaba agazapado en el vestíbulo, lo seguía buscando en las tinieblas. Pero aquel siniestro ser que sentía una especial predilección por Eleonora, se encontraba ya en el piso superior. Y aguardaba su momento.

Eleonora tropezó con su padre. El honorable Rock iba armado con un revólver, pero su mano temblaba tanto que aún no había podido encontrar el gatillo.

—¿Qué ha sucedido, hija?

—No sé. Hay…, ¡hay cuatro cadáveres ahí, en la planta baja de la casa! ¡Cuatro hombres apuñalados!

—Eso es absurdo —balbució el honorable Rock—. Absurdo. Tú has bebido en la fiesta, hija mía…

—¡Yo no he bebido en ninguna parte! ¡Estoy tan segura de haber visto a esos cuatro muertos, como de que te estoy viendo a ti! Y luego la mano del asesino… ¡ha estrechado mi mano!

—Un hombre muy fino —dijo el honorable Rock—. Ya no deben quedar por aquí muchos que gasten esas cortesías.

La Bella de Tucson no sabía si echarse a reír o a llorar. Era evidente que no la creía. Pero en aquel momento apareció su abuela, llevando por toda arma unas fantásticas tijeras, con las que debía poder cortar un traje de un solo golpe.

—¿Qué ocurre? ¿Quién se atreve a perturbar la paz de nuestra casa? ¿Esos dos horribles hombres tal vez?

La abuela iba todavía vestida, y llevaba una pieza de gran gala bastante parecida a la de Eleonora.

—¡Hay cuatro hombres asesinados en la planta baja! —dijo ésta con un hilo de voz.

—Cuatro hombres… Y hoy estamos a día nueve. ¡Cuatro y nueve, trece! ¡Mal número!

—¡No lo toméis a broma! ¡Es algo muy grave lo que ocurre! Es tan trágico que no sé ni siquiera explicarlo.

Era la abuela la que alumbraba la escena, gracias a una lámpara de petróleo que llevaba en la mano derecha. Pero de repente algo silbó junto a ella, y la lámpara voló por los aires. Habían arrojado desde la izquierda, desde la escalera, un objeto contundente, con gran puntería. La lámpara se estrelló contra el suelo.

—¡Dios mío! —gritó Eleonora.

—¡Dios nos proteja! —gritó su padre.

—¡Dios va a acoger en su seno muy pronto al que haya hecho esta broma! —rugió la abuela—. ¡Mi peluca contra nada a que lo desplumo! ¡Lo corto en dos con las tijeras y me lo coso como adorno al vestido!

Todos conocían el mal genio de la abuela Rock, que bebía como un cosaco y tiraba como un pistolero. Más de un hombre había sido acogotado por aquellas manos de dedos largos, huesudos y firmes, que ahora empuñaban las monumentales tijeras con más rabia que un sioux su hacha de guerra.

El padre de Eleonora sujetó a ésta por el brazo y la introdujo en

el dormitorio, donde ya su esposa, la honorable señora Rock, estaba casi oculta debajo del colchón. Eleonora, de todos modos, quiso salir para ver qué ocurría, pero su padre no la dejó. En el pasillo, quedó tan sólo la abuela, que a cada instante sentía aumentada su furia.

Damp, el fugitivo del penal, el hombre que había asesinado por la espalda a sus perseguidores y que deseaba frenéticamente matar a una mujer como Eleonora, escrutaba la oscuridad apenas a diez pasos de allí. Y creyó que la que se había ocultado era la abuela, mientras que la muchacha permanecía en el pasillo sola como una estúpida, en espera de la muerte.

Lanzó una carcajada silenciosa, silbante, y su mano derecha levantó el puñal.

La abuela entró entonces en uno de los salones del piso superior, donde tenía escondida una botella de *brandy*, de la que pensaba beberse la mitad para darse más ánimos. A tientas, la encontró, la destapó y bebió tres tragos que hubieran hecho desmayarse a un conductor de diligencias. Después de esto hubiera sido capaz de batirse contra una docena de indios.

Y fue ése el momento que Damp escogió para acercarse a ella. De su boca entreabierta partía un estertor.

La muy honorable Rock sintió un soplo gélido a su espalda. Y se volvió como un rayo, atizando tijeretazos al aire. En diez segundos dio al menos diez golpes, uno de los cuales encontró su camino.

La mejilla izquierda de Damp fue partida de arriba abajo. Y se abrió como se abre al primer golpe una fruta que empieza a estar demasiado madura.

Lanzando un alarido, retrocedió hasta el fondo de la pieza.

—¡Aguarda! ¡Tengo más para ti! ¡Acércate, canalla! ¡Acércate y me encuadernaré con tu piel todos los libros de la biblioteca!

A Damp, aquella voz le pareció muy ronca, pero todavía creía que era la muchacha. Y se acercó, haciendo movimientos de zigzag con el cuchillo, mientras en su corazón se encendía una hoguera de odio.

La abuela conocía la habitación mejor que nadie, y le puso una silla en su camino. Damp tropezó, cayó de bruces y sintió cómo una botella se rompía contra su cabeza. Debía ser de *brandy*, porque captó su olor en el momento en que mil campanas parecían resonar

en su cráneo. La abuela Rock le propinó otro tijeretazo fantástico, destinado a segarle la yugular y dejarle sin sangre allí mismo, pero sólo logró arrancarle un pedazo de la levita negra con que Damp se había cubierto aquella noche.

Al lanzar otro tijeretazo, ya encontró el vacío bajo sus pies. El extraño aparecido, ágil como un gato, parecía haberse evaporado de la habitación.

—¡Cuidado! —gritó la abuela—. ¡Esté usted atento por si baja, Kent! ¡Y si le atrapa, estrangúlele!

Kent, que estaba subiendo al piso superior, al oír aquella frase apretó los puños y se preparó para la pelea.

Pero en aquel momento, se oyó, dentro de la habitación donde se acababa de desarrollar la pelea, un formidable estrépito.

El aparecido acababa de lanzarse a la calle por una de las ventanas, rompiendo los cristales.

Quedaban atrás cuatro muertos. Pero Kent sabía que aquello había sido tan sólo el principio.

Capítulo VI

Sospechosos a la fuerza

El juez paseó de un lado a otro de su despacho, impuso silencio para que no le distrajeran de sus profundas reflexiones, y al final exclamó:

—¡Hum!

—¿Es todo lo que sabe decir, juez? —preguntó el honorable Rock—. ¿«Hum»?

—Este asunto es muy delicado. No me gusta.

—Tampoco me gusta a mí. Ni a mi familia. Tenemos cuatro muertos en la mejor habitación de la casa.

—Usted tiene que saber más de lo que me cuenta, señor Rock.

—¿Yo? ¿Y cómo quiere que sepa nada?

—¿Dónde estuvo hasta aquella hora?

—En la fiesta. Usted me vio. Incluso le ayudé a escapar al jardín, tapándole con mi cuerpo, mientras cantaba su mujer. ¿Es que no lo recuerda?

El juez se llevó una mano a la cabeza, queriendo significar que sus muchas preocupaciones le habían impedido acordarse de aquello.

—¡Oh, sí, sí! Perdóneme. Usted estuvo en la fiesta y fue de los últimos en marcharse. Me acuerdo ahora perfectamente.

—¿Lo ve? ¿De dónde iba a sacar tiempo yo para matar a cuatro hombres?

—Estamos de acuerdo en eso, señor Rock. Pero ¿no tiene usted ninguna huella, ningún indicio?

—Tenemos las manchas de sangre del asesino, porque salió

malparado de allí; pero dudo que esto nos sirva de nada. Tenemos también —y sacó un pedazo de ropa negra— esto.

El juez tomó aquel pedazo de tela en sus manos y lo examinó detenidamente.

—¿Cómo lo consiguieron?

—La abuela se defendió a tijeretazos. No sé si usted sabrá lo que eso significa, pero le aconsejo que no procure saberlo. Su intención, supongo, sería cortarle la cabeza, porque sus tijeras son como una guillotina, pero sólo pudo dejarle sin una mejilla y destrozarle la ropa. ¿A qué pieza cree usted que pertenece este trozo?

El juez lo olió y lo remiró por todas partes.

—A una levita.

—¿Y qué iba a hacer con una levita un tipo que va por las noches asesinando a la gente? Más bien habría de estorbarle una prenda así. Lo lógico es que vistiese como un vaquero.

—Pues de todos modos, llevaba una levita. Quizá para desorientar.

El juez se guardó en un bolsillo el pedazo de ropa.

—Bueno, amigo Rock, no debemos pensar más en esto. Sólo hará falta buscar en Tucson al dueño de una levita negra a quien le falte este pedazo. ¿Cuántas levitas cree usted que hay en la ciudad?

—Pues… aparte de las mías y de las de usted, unas diez o doce. Los hombres no se distinguen aquí por su elegancia.

—Esto le demostrará que tenemos el triunfo en nuestras manos. Verá cómo no tardamos más de una semana en dar con el asesino de esos hombres. Yo creo que no puede ser sino Damp.

—¿El pistolero que se fugó?

—Sabemos que está en Tucson actualmente. Los hombres asesinados eran los encargados de perseguirle. Por este nuevo delito tendrá que ir cuatro veces a la horca, si le capturan.

—Bastará con una. ¿Vamos a tomar unas copas, juez, ahora que no nos ven nuestras mujeres?

—Excelente idea. Y las tomaremos en el saloon de Crocket. Hay allí unas bailarinas que hacen hervir la sangre.

El honorable juez y el honorable Rock, partieron amigablemente hacia el saloon para emborracharse en compañía de las bailarinas, ahora que nadie les vigilaba. Pero sus proyectos fallaron.

Apenas habían puesto los pies en la calle, cuando el juez, gritó:

—¡Mire! ¡El asesino!

El honorable Rock lanzó una especie de gemido, y miró al hombre que señalaba el juez. Éste era un tipo alto, de cabellos entrecanos, quien caminaba de espaldas a ellos y llevaba una levita negra, a la que le faltaba un pedazo.

—¡Alto, en nombre de la Ley! —gritó el juez.

Llevaba un enorme «Colt Frontier» que nunca sabía sacar a tiempo y que jamás se había disparado cuando hacía falta, pese a lo cual ahora lo extrajo con inusitada rapidez. La idea de capturar él solito a Damp, le había hecho dar un brinco. Previo que el otro se resistiría y cerró el índice sobre el gatillo, pero las cosas no sucedieron como él esperaba.

El de la levita, en lugar de resistirse, se volvió hacia ellos con una cara de infinito asombro.

—¿Qué quieren? ¿Qué he hecho ahora yo?

Al honorable Rock se le subieron los colores al verle.

—¡Pero, señor Mark!

En efecto, era el padre de Kent el que llevaba aquella levita negra.

—¡Queda detenido! —aulló el juez—. ¡Y no se mueva o le perforo la cabeza de un balazo!

—Pero ¿de qué me acusan? ¡Si yo no he cometido ningún delito desde hace por lo menos dos horas!

El juez seguía encañonándole y mirándolo con ojos de auténtico perro de presa.

—¡Arriba las manos!

—Yo respondo por este caballero —dijo el honorable Rock—. Está alojado en mi casa, en compañía de su hijo. Son de lo más honrado que hay en esta ciudad. No puede usted detenerle.

—¿Que no? ¿Y esa levita?

—¡Ah! Bromas que tiene el caballero. Usted no puede imaginarse lo bromista que es.

—Pues, bromista o no, va a ingresar en la cárcel hasta que la situación se aclare.

—¿Pero no es bastante mi palabra, juez? ¡Yo respondo por él!

—¿Está usted seguro? ¿Sabe ya de quién se trata?

—Naturalmente que sé quién es. Y usted se sorprendería si lo supiera.

Todo esto sucedía al lado de la oficina del juez, donde un cartel ofrecía un buen puñado de dólares por la captura de Mark y su hijo Kent, buscados como ladrones de caballos.

Los ojos del juez fueron hacia aquel cartel, y sus mejillas comenzaron a adquirir un color escarlata.

—Conque responde por él, ¿eh? ¡Pues fíjese en esto!

Señaló con la mirada el cartel. Mark, que sabía que el robo de caballos era en Tucson un delito grave, aprovechó la ocasión para echar a correr hacia el fondo de la calle. Pero una bala del juez le detuvo en seco, rozándole la cabeza.

—¡Quieto o tiraré a matar!

Varios hombres habían aparecido ya en los porches y encañonaban con sus rifles al presunto fugitivo. En Tucson no había Ley, pero a todos les gustaba lucirse delante del juez, por si algún día era necesario recordárselo. Mark se vio de repente sólo en el centro de la calle y encañonado como por un piquete de ejecución.

—Está bien —susurró—. Me entrego. ¡Ya dije yo que hacía un mal negocio quedándome en Tucson!

Pero en aquel momento sucedió algo. Un revólver se puso a crepitar rabiosamente, a espaldas de la gente, y cinco balas aullaron en el aire.

Había cuatro hombres apuntando con sus rifles a Mark. Los cuatro lanzaron a la vez una exclamación al ver los cañones de sus armas saltar partidos en dos, como si los hubiesen cortado con un gigantesco cuchillo. Y el juez ahogó un juramento y un grito de espanto al ver que su «Colt Frontier» saltaba por los aires, igual que si una ráfaga de huracán se lo hubiese arrancado de la mano.

Todos se volvieron a la vez. El que acababa de disparar era un joven que aún conservaba el revólver humeante en la mano derecha. Sus facciones no rebelaban miedo ni odio, sino una implacable decisión.

Era Kent.

—¡Cuidado! —gritó el juez—. ¡Sabe de sobra que esto puede llevarle a la horca!

—Hasta ahora he tenido la prudencia de no matar a nadie, juez, pero puede que cambie de idea.

—No compliques las cosas, hijo —pidió Mark—. Por el robo de caballos, no podrán condenarnos a mucho tiempo, porque todos

fueron recuperados, después de las denuncias. Será mejor que sueltes ese revólver y no compliques la situación aún más.

—No se preocupen —dijo el honorable Rock—. Todo esto es una lamentable confusión o una broma que ustedes han llevado demasiado lejos. Pronto se aclarará todo, porque yo respondo por ustedes. Pero entréguense.

Como un relampagueo, la mirada de Kent se cruzó con la de su padre. Éste afirmó con los ojos.

Kent soltó el revólver.

Y momentos después, nuestros amigos estaban encerrados en la celda más hermética y segura que había en la cárcel de Tucson.

Capítulo VII

Mark Empieza A Marearse

La primera en ir a verles fue Eleonora.

No fue en el plan modosito y un poco solemne que uno debe adoptar cuando va a ver a alguien que está metido en una celda. Todo lo contrario. Se puso un llamativo vestido color salmón, muy escotado, guantes de seda negra, un sombrero de lo más espectacular y tomó una sombrilla que abría y cerraba como una artista que está en un escenario.

El carcelero que le había abierto la puerta del departamento de las celdas, gruñó:

—Si es que va a venir a verme, me encierro yo mismo, nena…

Eleonora sonrió con aires de reina y se sentó en un banquillo, delante de las rejas, cruzando las piernas.

—¿A qué has venido? —preguntó Kent.

—A preguntaros cuándo os cuelgan.

—Dudo que nos cuelguen —dijo cansadamente Mark—. Nuestros delitos son muy pequeños.

—¿Ah, sí…? ¿Podréis demostrar dónde estuvisteis mientras aquellos hombres eran asesinados? ¿Y cómo justificáis el detalle de la levita?

—Mi padre demostrará a su tiempo que la encontró y se la puso porque le pareció que se hallaba en buen estado —dijo Kent.

—Pero ¿qué necesidad tenía él de coger una levita usada?

—Es que no tenía nada mejor para ponerse.

La risa de la mujer, alegre y un poco burlona, llenó el departamento de las celdas. Desde detrás de las rejas, Kent miró

aquellas dos hileras de dientes blancos y como perlas, y aquellos labios intensamente rojos que eran como una promesa.

—¿Qué te ocurre?

La mujer no cesaba de reír. Kent perdió al fin el dominio de sus nervios.

—¡Cállate de una vez!

Eleonora se calló, pero fue para dirigirles una larga y penetrante mirada de burla.

—Es muy curioso lo que mi padre me ha explicado de vosotros —dijo al fin.

—¿Qué te ha explicado?

—Que no sois más que un par de bromistas. Unos individuos que os divertís haciéndoos los pobres, cuando tenéis en realidad más dinero que el Departamento del Tesoro.

Mark miró a Kent, y Kent miró a Mark. En las miradas de ambos hubo una expresión de recelo.

—¿Tu padre cree eso?

—Con tanta firmeza, que está dispuesto a entregar al juez la fianza que le pida, a cambio de vuestra libertad.

—¡Pues sí, somos esos dos tipos! —gritó Mark.

—Calma, calma —dijo Kent—. ¿Quieres explicarte mejor, Eleonora? ¿De dónde ha sacado tu padre eso?

Eleonora se dispuso a explicar pacientemente algo de lo que ya les daba por enterados.

—Veréis. A mi padre le hablaron en términos muy entusiásticos de un joven llamado Dale Thompson, quien según parece, posee una auténtica fortuna. Como yo soy hija única y necesita tener muy en cuenta lo que sucederá cuando mis padres mueran —eso es lo que siempre me están diciendo—, debo buscar un joven como ése para contraer matrimonio. Por otra parte, a Dale Thompson también le han hablado de mí, y, según parece, arde en deseos de conocerme. Tanto, que ha venido a Tucson disfrazado, en compañía de su honorable padre, a fin de entablar relaciones conmigo.

Kent se llevó una mano a la frente.

—¿Eso es lo que cree tu padre?

—Exactamente.

—¿Y tú, Eleonora, crees que… que…?

—Que tú eres Dale Thompson.

Kent se sujetó a los barrotes, y su padre por poco se cae al suelo.

—¡Ahora me lo explico todo! ¡Por eso nos recibió tan bien! ¡Por eso se empeñó en que no nos marcháramos de su casa!

—Creía tener como huéspedes a dos auténticos millonarios.

—¡Diablo! ¡Las cosas están ahora claras como el agua! ¡O mejor, claras como el *whisky*!, ¡que es mucho más apetecible! Y tú, Eleonora, ¿qué es lo que tú crees?

—Ya os lo he dicho. Creo que tú eres Dale Thompson y que este caballero es tu honorable padre, un hombre que tiene más dinero que el que reúnen entre todos los ganaderos de Texas.

La palidez del rostro de Kent se transformó ahora en un color terroso. No sabía qué decir.

—¡Hum! Me maravilla tu sagacidad, pequeña —dijo Mark, el padre del joven—. En efecto, yo tengo montañas de dólares.

Kent ni negó ni afirmó. Estaba sencillamente consternado. En estos momentos no sabía qué pensar.

Eleonora, La Bella de Tucson, se puso en pie y se acercó a la verja con movimientos sinuosos.

—¿Vas a sacarnos de aquí? —preguntó Mark.

Faltó poco para que Eleonora le diese una bofetada. Sólo le contuvo el pensar que aquel hombre podía ser su padre.

—¡Voy a hacer que os saquen de aquí, pero será para llevaros a los dos a la horca!

—¿Qué diablos te ocurre? —musitó Kent.

—¡Me ocurre que yo no soy una mercancía que se compra y se vende! ¡Me ocurre que a mí no se me engaña como a una niña pequeña! ¡Si realmente yo te interesaba, podías haber dado la cara, Dale Thompson! Pero las cobardías y los subterfugios, no me han gustado nunca, ¿me entiendes? ¡Nunca! ¡Podrás parecerle muy simpático a mi padre, pero yo te desprecio!

—Oye, yo… —comenzó a decir Kent.

—¡Cállate! ¡Lo que tengo que decirte estará dicho en seguida! ¡Podrás ser heredero de una gran fortuna, pero no tienes ni pizca de hombría! ¡Y ahora, vete al diablo! ¡Si de mí depende, te aseguro que cuando salgas de aquí, estarás atado de pies y manos para que te lleven a la horca! ¡Es lo único que mereces!

—Pero, escucha…

—¡No quiero escuchar nada!

Dio media vuelta y se alejó con porte majestuoso. Un segundo después había dejado a sus espaldas la puerta de hierro que daba a la oficina exterior, y por cuya mirilla, el guardián había estado sin duda vigilando su conversación.

—Nunca una mujer me había dicho tantas cosas juntas —gruñó Kent—. No sé cómo he podido aguantarlo.

—Ten en cuenta que esas palabras no iban dirigidas a ti, sino a Dale Thompson.

—¿Y quién demonios es Dale Thompson?

—Por lo visto, un tipo multimillonario, que pretende a esa muchacha. Y el aspirante oficial que su padre tiene escogido.

—Ésa es una cuestión que me tiene sin cuidado. Pero lo que no puedo soportar es que me confundan con ese tipo.

—De todos modos —dijo Mark, rascándose la mandíbula—, eso nos favorece. El padre de esa muchacha depositará la fianza.

—¡No quiero salir de la cárcel gracias a la ayuda de nadie! ¡Me fugaré yo solo!

—No veo cómo vas a fugarte de aquí. Esto está más vigilado que si tuvieran encerrado a Jesse James.

—Eso ya lo veremos. No lograrán retenernos durante mucho tiempo. Pero lo cierto —añadió con tristeza— es que estamos aquí por tu culpa. ¿De dónde sacaste aquella levita?

—Ya te lo he dicho más de una vez. Me la encontré tirada junto a unos barriles, en un porche. Me pareció que estaba en buen estado y me la puse. ¡Ya estoy harto de ir vestido como un pordiosero!

—Pues resulta que ésa es la levita que llevaba Damp cuando entró en la casa. Una levita robada, seguramente. Y ahora dirán que eres tú el asesino de aquellos cuatro hombres, puesto que además, no puedes justificar demasiado bien en qué empleaste el tiempo.

—Con la agravante de que, aunque logremos esquivar esa acusación, nos juzgarán por cuatreros.

—Todo un programa —murmuró Kent, sintiéndose deprimido por primera vez—. Una maravilla.

Pero en aquel momento se abrió la puerta de hierro que había al fondo del local y el honorable Rock entró hecho un sol, con los brazos abiertos.

—¡Mis queridos amigos…! —empezó.

—¿Qué le ocurrirá ahora? —preguntó en voz baja Kent.

—¡Mis queridos amigos, ha llegado el momento de que se les conceda la libertad! Estarán sujetos a vigilancia, naturalmente, porque las acusaciones que se les hacen aún siguen en pie, pero he logrado convencer al juez para que les otorgue la libertad bajo fianza. Y la fianza, bastante crecidita por cierto, ha sido depositada ya.

—¿De su dinero particular? —preguntó Kent.

—Naturalmente. Pero eso no tiene la menor importancia.

Kent iba a decir algo más, pero en ese momento, su padre le interrumpió, musitando:

—Señor Rock, no sé cómo podremos pagarle…

—¡Vamos, vamos, señor Thompson! —dijo el honorable Rock, con un guiño de complicidad—. ¡No se haga usted el pobre ahora! ¡Creo que empieza a no ser necesario!

—Nos hemos metido en un buen lío —susurró Kent en voz baja, mirando a su padre—. Supongo que te darás cuenta de que esto no puede seguir así.

—¿Y qué quieres que hagamos? Lo más importante es estar en libertad, porque en la cárcel nos amenazan demasiados peligros. Imagínate, si logramos demostrar que somos inocentes de los crímenes cometidos por Damp, nos acusarán de haber robado caballos. Y si salimos bien librados también de esto, ten por seguro que saldrá a relucir el *sheriff*, a quien mataste sin querer de un puñetazo. No sé cómo en la población no lo han echado aún en falta.

El honorable Rock creía que ambos millonarios estaban hablando de lo divertida que resultaba aquella situación, y les contemplaba con una sonrisa benévola desde unos cinco pasos de distancia.

—De acuerdo, lo más importante es estar pronto en libertad. Pero esto no me gusta nada.

—Si están dispuestos a salir —dijo el honorable Rock, interrumpiéndole—, la orden de libertad estará firmada por el juez y en poder de los guardianes dentro de un cuarto de hora.

—¡Naturalmente que estamos dispuestos a salir! —exclamó Mark, mientras su hijo apretaba los dientes con una expresión de contrariedad.

—Pues entonces recuerden esto: cuando salgan no vayan por la

calle principal. Podría ser peligroso, porque aquí la gente es muy curiosa y se excita pronto. Den la vuelta a la cárcel y en la parte posterior encontrarán un coche cerrado. Ese coche les llevará a mi casa.

—Mi padre tiene razón —dijo Kent—. Será mejor que no se complique la vida, porque nunca podremos pagarle esto.

—No se preocupen —exclamó el honorable Rock con una risita—. Para los que contamos con mucho más de un millón, esto no tiene ninguna importancia.

Kent iba a añadir algo, gordo, pero en ese momento el honorable Rock sonrió por última vez, dio media vuelta y se alejó hacia la puerta del fondo con movimientos patriarcales.

Cuando se quedaron solos nuevamente, Kent lanzó una sorda imprecación.

—¿Te das cuenta? Esto va haciéndose más insostenible a cada momento. Tenemos que encontrar una solución.

—Yo sé cuál: huir de Tucson.

—Empiezo a creer que tienes razón. Debimos haber huido de aquí cuando yo maté sin querer a aquel tipo. Tucson es una ciudad que nos ha sentado mal desde el primer momento.

—Huiremos, no te preocupes. Apenas pongamos los ojos sobre dos caballos, nos largamos de aquí. Pero para eso es necesario haber salido de entre estas rejas.

—De acuerdo. Esperemos un cuarto de hora, hasta que vengan a sacarnos. Y apenas respiremos el aire libre… y, ¡manos a la obra!

Esperaron un cuarto de hora.

Y luego cinco minutos más.

Al fin entró uno de los alguaciles con un papel en una mano y un manojo de llaves en la otra.

—Habéis tenido suerte, tunantes. El juez os ha concedido la libertad bajo fianza. Pero mucho cuidado con hacer ninguna tontería, porque el *sheriff* no os va a quitar ojo de encima.

«¡Je, je…! —masculló Mark para sí—. ¡Estás listo, si crees que por aquí va a aparecer el *sheriff*!».

El alguacil les abrió la puerta y les hizo firmar al pie de un documento. Luego, gruñó:

—¡Largo de aquí! ¡Y recordad que el pisar una pata a alguien puede ser motivo que para que os vuelvan a encerrar otra vez!

Padre e hijo se largaron. Mark estaba contento como un gato con una pelota, pero en cambio, la expresión de Kent era realmente taciturna y sombría, como si le atormentase algo.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Estoy pensando que, si huimos, ese hombre, Rock, perderá sin remedio el dinero de la fianza.

—Se lo enviaremos más adelante. Podemos pedir un préstamo.

—Yo estoy pensando en cambio, que quizá no debiéramos marchar de Tucson. La gente pensará que…

Pero estaba escrito que no debían salir de Tucson.

Cuando su padre iba a contestar algo, Kent gritó:

—¡Mira…!

Había salido a la calle. Y por ésta pasaba en aquel momento un tipo joven, a quien conocían bien.

Un tipo que, según toda lógica, no debía estar andando.

¡Porque era el mismo *sheriff* a quien Kent mató de un puñetazo, sin querer, la misma noche de su llegada a Tucson!

CAPÍTULO VIII

CUANDO LOS MUERTOS VIVEN

Mark gruñó:

—¡Ay, hijo mío, no sé qué me pasa! ¡Empiezo a marearme!

Era la primera vez que Mark decía una cosa así. Pero la verdad era que todo lo que estaba sucediendo, bastaba para acabar con el temple de cualquiera. Incluso con el de Kent.

Cuando vio a aquel tipo, se llevó por un momento las manos a los ojos y gritó:

—¡Eh, amigo!

El extraño aparecido no debía tener ningún interés por ver a los dos hombres, porque lo primero que hizo fue dar media vuelta y apretar a correr, doblando la inmediata esquina.

—¡Pero eso es incomprensible! —gritó Kent—. ¡Ese hombre estaba muerto! ¡Y ahora corre más que nosotros, los vivos!

Los dos salieron disparados detrás de él, uno por cada lado del edificio. Pensaban rodearle y, en efecto, lo consiguieron. El fugitivo se encontró de repente entre Mark y Kent.

Quiso sacar el revólver que llevaba al cinto, pero lento como una tortuga. Antes de que pudiera empuñar el arma, Kent ya se había lanzado sobre él y le había retorcido el brazo, obligándole a soltarla.

—¡Usted no sabe empuñar un revólver! —Gruñó Kent—. Más vale que no se meta en líos.

—¡Suélteme! ¡Yo no tengo que ver nada con ustedes! ¡Suélteme!

En lugar de soltarle, Kent le sujetó más. Y en seguida, vino Mark, para reforzar la presa.

—¿Tienes algunas monedas, padre?

—Sí, quizá me queden algunas. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quisiera invitar a este hombre a beber un par de copas.

Aquel individuo, quien debía creer que iban a matarle, suspiró con sincero alivio.

—Creo que me van a hacer falta.

—Pues vamos allá, amigo. Estás invitado a beber… y a hablar.

Le sujetaron cada uno por un brazo y fueron a un saloon. Recordando lo que el alguacil les había dicho, procuraron sentarse en el lugar menos visible de todo el local.

Mark encargó *whisky* y bebieron. El «muerto», tembloroso como una ramita de abedul, se bebió entera su copa, sin duda para darse ánimos, y luego se puso a toser.

—Pareces una damisela —gruñó Mark.

—Sí…, sí…, sí… —Pió el «muerto».

—Vamos, habla —dijo Kent—. Tienes una montaña de cosas que decirnos, y empezaremos por el principio. ¿Cómo te llamas?

—Yo soy…, soy…

—¿Quién diablos eres?

—Dale Thompson.

Kent por poco escupe sobre la mesa el licor que acababa de beber.

—¿Dale Thompson?

—Sí. ¿Tan raro es mi nombre?

—¿Tú eres millonario?

—Con permiso de ustedes, sí, señores.

—¿Y qué has venido a hacer a Tucson?

—Verán, fue cosa de mi padre. El quería que me casase con una señorita llamada Eleonora Rock, la cual vive en Tucson. Y me envió hasta aquí, sin decirlo a nadie, para que la conociera.

Kent y su padre cambiaron una mirada de inteligencia.

—Comprendo. Sigue.

—Bueno, pues como yo soy buen chico, obedecí, aunque estas ciudades tan salvajes, tan sucias, ¡ay!, no me gustan nada. Aquí la gente no le respeta a uno, y como nadie me conocía y había venido solo, pensé que para que la gente tuviera cuidado conmigo…

—… Te convenía ponerte una estrella de *sheriff* —terminó Mark, dándose un gran golpe en la rodilla.

—Sí, eso.
—¡Pues menudo susto me atizaste! —suspiró Kent—. ¡Creía haber matado al *sheriff* de Tucson!
—¡El que me atizó fue usted! —protestó tímidamente Dale Thompson.
—Bueno, vamos a dejarlo en mitad y mitad. Yo sé el susto que he pasado. ¿Qué te ocurrió aquella noche?
—Pues que, al principio, quedé sin sentido. Y luego, creyendo que iban a atizarme más, me hice el muerto.
—Pues sabes hacerlo muy bien. Nosotros creímos de verdad que te habíamos dejado sin habla.
—¡Oh, de niño ya jugaba a eso! Sé imitar a los muertos estupendamente. ¿Quieren que lo haga otra vez?
—¡Oh, no, no! —gritó Mark—. Con una, basta.
Llenaron nuevamente las copas y bebieron en silencio. Dale Thompson, quien ya había adquirido confianza, parecía la mar de divertido con sus dos nuevos amigos.
—Y ahora ¿qué vas a hacer en Tucson? —preguntó Kent, sintiendo como un pinchazo en el corazón al pensar que aquél era el hombre que estaba destinado a ser el esposo de Eleonora.
—Pues… me marcharé en cuanto mi padre me dé permiso.
—¿Y esa mujer?
—¿Quién? ¿Eleonora?
—Naturalmente. ¿Es que no la has visto?
—Sí, la he visto. Y es… ¿cómo diría yo? Es una mujer muy impresionante. Me da un poco de miedo.
—Pero ¿no vas a casarte con ella?
—Si puedo evitarlo, no, caballeros. Yo no quiero casarme. Hasta ahora, siempre me han mandado mis padres, y de ahora en adelante, sólo faltaría que me mandase mi mujer.
El rostro de Kent resplandecía. Y era tanta la alegría que reflejaba que Thompson le preguntó:
—¿Qué le ocurre, caballero?
—Nada —dijo Kent, mientras su alegría se trocaba bruscamente en tristeza—. Si no eres tú, otro será. Eleonora se casará con alguien de su clase y contando con la aprobación de toda su familia. La verdad es que no sé de qué diablos me alegro.
Y, tras una pausa añadió:

—Tengo interés en presentarte a Eleonora —dijo luego, tras un breve instante de reflexión—. Creo que ella está confundida con respecto a nosotros, y tú puedes aclararlo todo.

—¿Quién cree ella que son?

—A mí me considera Dale Thompson. Y a éste, mi padre, es decir, el tuyo.

—¡En tal caso, yo aclararé las cosas en seguida! —dijo el otro, con sincera expresión de buena fe—. Verán: después de ocurrir aquello del puñetazo, yo aproveché la primera ocasión para largarme de los bajos del porche, regresé a mi hotel y desde entonces, he estado escondido, porque no quiero líos de faldas. Si Eleonora me ve, y adivina que yo soy Dale Thompson, y su padre me obliga a casarme, yo me muero. De modo que ahora no tengo inconveniente en sacarles a ustedes del lío, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que inmediatamente me defiendan y me ayuden a salir de Tucson. Yo no quiero casarme, ¿entendido? Apenas sepan que soy Thompson, se armarán una serie de conjuras contra mí, para llevarme ante el altar. Y confío en ustedes para que me ayuden a salir de la ciudad. De lo contrario, no les apoyaré.

Kent se puso en pie y le tendió la mano.

—Prometido.

—Perfectamente. Pues dejen que vaya a mi hotel a ponerme más presentable. Tengo un traje gris perla con chaleco de seda floreada, que es una delicia. Hay que producir buen efecto a las señoras, aunque uno no quiera casarse. ¿De acuerdo, amigos?

—De acuerdo. ¿En qué hotel te hospedas?

—En el Palace. Está aquí mismo, en una travesía de la calle Mayor. Dentro de diez minutos les esperaré junto a la puerta.

—No faltes, ¿eh? Si tratas de escabullirte otra vez, te clavamos una bala entre las cejas.

—Descuiden, caballeros, no faltaré.

Iba a salir, cuando Mark le preguntó:

—Oye: si tú no eres el *sheriff*, ¿dónde diablos está el *sheriff* de Tucson?

—Está con sus hombres en la llanura, persiguiendo a una cuadrilla. Lleva así ya bastante tiempo.

—Pues ahora empiezo a explicármelo todo —dijo Mark cuando

Thompson hubo salido—. Ese individuo presumidillo se puso la estrella aquella noche, y unido esto a que el *sheriff* no está en Tucson, nos confundió. Pero ahora ya se van aclarando las cosas y creo, hijo mío, que podremos largamos de esta ciudad con la cabeza entera.

—¿Has visto lo petimetre que es Dale Thompson? Un tipo verdaderamente presumido, afeminado y ridículo. Menos mal que en el fondo debe ser un buen muchacho.

—Sí, sus ojos son bondadosos. A pesar de todo, siento simpatía por él. No tiene la culpa de que le hayan mimado en exceso.

—De todos modos, un tipo así no puede vivir en el Oeste. Cuanto antes se marche de Tucson, mejor.

—Tienes razón. Porque la primera vez que ése tenga una pelea con cualquier pistolero, lo matan.

Terminaron de beber su botella y salieron tranquilamente del saloon, seguidos por las miradas curiosas de los escasísimos clientes. Habían transcurrido quince minutos desde que Thompson salió de allí, y por tanto, ya debía estar preparado y esperándolos.

—¿En qué hotel ha dicho que era?

—En el Palace. Seguro que ya está allí.

En efecto, estaba.

Vieron a Dale Thompson caminando por el porche del hotel, aunque no llevaba el traje gris perla ni el chaleco con florecitas que les había anunciado. Iba vestido con una camisa de piel de ante, muy bien cortada, pantalones azules y un sombrero de alas anchas, inmaculadamente. Llevaba dos revólveres.

Kent se acercó a él y sus pasos resonaron en el porche desierto.

—No te has puesto tan guapo como pensábamos, amigo, pero de todos modos, vas muy elegante.

—¿Y a ti qué te importa?

La respuesta dejó perplejo a Kent. No concebía que aquel tipo tímido y afeminado se atreviese a hablar como un pistolero. Pero de todos modos, lo tomó a broma.

—¡Vaya! ¡Y hasta te has puesto los revólveres bien, como un profesional del gatillo! ¡Quién lo hubiera dicho!

—¿Y qué crees que soy? —Gruñó el otro—. ¿Un peluquero para caballos?

—¿Sabes que has cambiado mucho en cinco minutos, amigo?

—Yo no he cambiado en toda mi vida. Y si sigues haciendo preguntas estúpidas, te abro la cabeza de un balazo.

Kent estaba más perplejo cada vez.

—Oye, ¿tú no te llamas Thompson?

—Sí, me llamo Thompson. ¿Y qué?

—Nada, nada, no hace falta que te lo tomes de esa manera. Vamos a casa de Eleonora.

—¿Y qué hemos de hacer allí?

Kent empezaba a perder la paciencia.

—¿Vienes por tu propia voluntad o prefieres que te haga venir a puñetazos?

—¿A puñetazos tú? ¡Pruébalo, monada!

Si había algo que sacase de quicio a Kent era que le llamasen «monada». Se acercó a Thompson y le descargó un *jab* de izquierda. Lo hizo sin demasiada fuerza, puesto que no quería «matarle» otra vez. Pero se quedó viendo visiones, al darse cuenta de que el otro rechazaba su golpe con una facilidad pasmosa, digna de un profesional. Y mucho más cuando con un fantástico cruzado a la mandíbula, Thompson lo envió por tierra, antes de que hubiera tenido tiempo para mover los puños otra vez.

Mark estaba tan asombrado que no acertó ni siquiera a intervenir en favor de su hijo.

—Pero, Kent, ¿qué te ocurre? —Silabeó.

Kent se puso en pie de un brinco, como si lo hubieran movido con un resorte. Avanzó, preparando los dos puños, mientras sus dientes producían una especie de chasquido.

—¡Ahora verás!

Lanzó un directo al pómulo, pero el otro lo esquivó, agachándose y contestó con un zurdazo al hígado que dejó sin respiración a Kent. Cuando el joven quiso reponerse, una lluvia de golpes propinados a un alucinante compás de uno-dos, había caído sobre su rostro. Se tambaleó y, a no ser por una cercana columna del porche, hubiese caído a tierra para no poder levantarse ya. Pero lo que apareció en sus ojos después de los golpes, no fue dolor, sino la incredulidad más absoluta.

—¿Dónde diablos te han enseñado eso, Thompson?

—Siempre lo he sabido. Y si quieres un poco más, acércate. Voy

a dejarte sin piel…, monada.

Los nudillos de Kent produjeron un crujido. En sus ojos hubo un destello violento, salvaje. Y antes de que Thompson pudiera hacer nada, ya se había lanzado sobre él.

Mark sabía que en peleas de esta clase no debía intervenir a favor de su hijo. Pero aunque hubiese queridos ayudarle no habría podido, porque estaba sencillamente fascinado. Nunca había visto a Kent peleando así. Sus ganchos y contra ganchos, sus directos, sus cruzados, eran golpes de una perfección como jamás se había visto en Arizona. Thompson, que se creía ya vencedor, se dio cuenta de que tenía delante a un enemigo a quien sus anteriores golpes no habían hecho el menor efecto. Un enemigo que parecía tener diez brazos y diez puños que golpeaban a un tiempo. Los primeros directos le destrozaron las cejas, los segundos le castigaron los ojos hasta dejarle casi sin visión, y a partir de aquel momento, se dedicó a su estómago, sus flancos y su mandíbula. Un par de minutos después, y sin haber recibido un solo arañazo más, había concluido un magnífico trabajo. Su adversario estaba deshecho a sus pies, y sin fuerzas para mover una sola vez los puños.

—Ya está bien, Thompson —dijo el joven—. No sé por qué te has puesto tonto y me has obligado a esto. Levántate y terminemos de una vez con esta situación estúpida.

Aquellas palabras eran de lo más razonable, pero lo que Thompson hizo fue llevar las manos a sus revólveres y tratar de acribillar a Kent.

Kent, que no llevaba armas, tuvo que mover ambos pies al mismo tiempo. Dos patadas hábilmente propinadas a las muñecas de su enemigo, obligaron a éste a soltar los revólveres con un gesto de dolor. Pero ahora, Thompson ya no se había comportado como un novato, sino que sus gestos al «sacar» eran los de un auténtico gun-man
.

—Me estás resultando un tipo raro —dijo Kent—. Un segundo más y me hubieses acribillado.

—Te acribillaré otra vez —murmuró sordamente Thompson—. Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Pero qué diablos ocurre? ¿No habíamos quedado en que te largarías de Tucson?

—Lo haré en cuanto te haya matado a ti.

Kent no comprendía nada, y, en consecuencia, terminó encogiéndose de hombros. Le estaban sucediendo cosas tan extrañas desde que llegó a la ciudad que no le importaba una más, por peligrosa que fuera.

—Despójate de tus cinturones canana —ordenó a Thompson.

El otro estaba tan deshecho, que no tenía más remedio que obedecer. Se los desabrochó lentamente, y Kent se los ciñó a su cintura, enfundándose luego los dos revólveres.

Hecho esto, prestó un pañuelo a Thompson para que se limpiase la sangre de la cara.

—Vamos a ver a Eleonora y necesitas estar presentable —dijo—. No olvides que eres un caballero.

Mark, todavía medio atontado por todo lo que había visto, se acercó a los dos hombres.

—Yo no entiendo nada de esto, Kent —farfulló.

—Ni yo tampoco, pero no importa. Vamos a ver a Eleonora y nos largaremos de Tucson cuanto antes. En cuanto estemos fuera de esta ciudad, cesarán todos los misterios.

—Está bien, vamos a verla.

Sujetaron cada uno por un brazo al maltrecho Thompson y emprendieron el camino de la casa donde vivía La Bella de Tucson.

El honorable Rock les estaba esperando ya en el porche. Y puso una cara cuadrada al verlos aparecer.

—Pero ¿por qué no han venido en el coche que les estaba aguardando? ¿Y quién es este tipo?

—Ya se lo explicaremos cuando estemos todos reunidos. ¿Podemos entrar?

—Claro que pueden entrar. Precisamente lo que quiero es que no llamen la atención en la calle.

Penetraron en la casa, pero antes de que pasaran, más allá del vestíbulo, el honorable Rock, les advirtió:

—Sobre todo, es absolutamente necesario que no armen ninguna clase de jaleo aquí dentro. Que ningún disparo y ningún grito se oiga desde el exterior. Si llamaran la atención de la gente otra vez, yo no sé lo que podría suceder. Sólo puedo decirles que aquí, hasta los niños son aficionados a aplicar la ley de Lynch.

—¿Cree de veras que podrían colgarnos? —preguntó Mark,

bastante preocupado.

—Aunque sólo fuera por divertirse, lo harían. Colgar a un hombre es una salvajada, pero aquí mucha gente considera eso como una sana diversión y un espectáculo de primera categoría.

—Prometemos no hacer ruido —dijo Kent—, ocurra lo que ocurra. Además, no vamos a estar mucho tiempo aquí. Puede que nos marchemos después de explicarles unas cuantas cosas.

—¿Relativas a la boda con Eleonora? —preguntó el honorable Rock, dándole un golpecito en la espalda.

—Sí. Relativas a la boda de Eleonora.

Pasaron al salón, donde ya estaba reunido el consejo de familia en pleno. Eleonora presentaba un aspecto aburrido, pero su honorable madre y su honorable abuela, tenían la cara de los grandes acontecimientos.

—¿Se trata de una petición de mano? —preguntó la abuela, con una voz muy especial—. Ya era hora.

—Antes tenemos que hablar de unas cuantas cosas —comenzó Kent.

—¿Y para qué han traído a este tipo?

—Este tipo es Dale Thompson —dijo Mark, con voz baja, como si quisiera que no le oyese nadie.

Pero le oyeron todos perfectamente.

—¿Quéeeeee?

—Sí. Dale Thompson.

—¡No es posible!

—Sí que es posible. Pregúnteselo a él.

Todos los rostros se volvieron hacia el que Mark y Kent habían traído casi como prisionero, esperando que contestara algo. Pero Thompson estaba obsesionado contemplando la belleza de Eleonora, y no se daba cuenta de nada más. Ni siquiera de que todos los ojos se habían vuelto hacia él.

—¿Qué dices tú? —preguntó Kent—. Convence a esta gente. ¿No eres Dale Thompson?

—Sí, sí, Thompson —dijo el otro, sin dejar de mirar a Eleonora. Habría contestado que sí aunque le hubiesen preguntado si se llamaba Napoleón Bonaparte. La belleza de la mujer era lo único que le interesaba en este momento, y sus ojos no se separaban de la maravillosa figura de La Bella de Tucson.

—Entonces, ¿quiénes son ustedes? —preguntó escandalizado el honorable Rock—. ¿De dónde han venido?

—Nosotros nunca venimos de ninguna parte. Somos unos vagabundos.

—Pero ¿qué dicen? ¿Se dan cuenta de lo que esto significa? ¿Creen que puede engañarse así como así al honorable Rock?

—Nosotros no hemos tratado de engañarle.

—¿Que no? ¡Ahora mismo aviso al juez!

Quizá lo hubiera hecho, de no haberle interrumpido en aquel momento la voz de Thompson.

—¿Podría hablar unos instantes en privado con su hija?

—Primero dígame: ¿es usted Dale Thompson?

—Sí.

—Pues entonces, puede hablar con ella. Naturalmente en un sitio correcto, como, por ejemplo, la baranda del porche.

Thompson hizo una seña a Eleonora, que parecía magnetizada por la extraña fuerza de aquellos ojos. Y ante la mirada entre triste y recelosa de Kent, salieron al porche.

—¡En cuanto a ustedes…! —gritó Rock.

Mark se dio cuenta de que se les venía una tempestad encima, y trató de hacer una seña a su hijo para que salieran disparados de allí. Pero en ese mismo instante, miró hacia una de las ventanas exteriores y quedó sin habla.

Tras esa ventana, haciendo señas desesperadas, había un hombre.

Un hombre vestido con un hermoso traje color gris perla y un chaleco floreado.

¡Y con la cara de Dale Thompson!

Capítulo IX

Una Mujer Y UN Revolver

Mark estuvo a punto de caer al suelo. Sintió que sus rodillas fallaban, pero afortunadamente pudo reponerse a tiempo. Dio a su hijo un codazo que por poco le rompe tres costillas.

—Pero ¿qué diablos ocurre?

—¡Mira!

Kent miró. Y, como su padre, estuvo a punto de caer al suelo.

El tipo del traje gris perla seguía haciéndoles señas desde la ventana. Parecía realmente desesperado, como si de lo que tenía que decirles dependiesen su vida o su muerte. Y no cabía duda de que era el mismo Dale Thompson con quien antes hablaran, o al menos, tenía la misma cara.

Todos siguieron la dirección de los ojos de los dos hombres, y entonces se oyó un grito.

La abuela se había desmayado al ver en la ventana un duplicado del hombre que acababa de salir con Eleonora.

El honorable Rock lanzó una maldición, mientras su esposa se tapaba los oídos para no escandalizarse.

Y en cuanto a Kent, saltó por la ventana.

El estrépito que armó fue formidable. El cristal saltó hecho añicos, y Rock, que no quería ruidos en su casa aquella noche, lanzó otra maldición más fuerte que la primera.

Kent cayó junto a Dale Thompson y le sujetó por las solapas de su hermosa levita gris perla.

—¿De dónde has salido? —gritó—. ¿Quién eres tú? ¿Un fantasma?

—Soy el mismo que habló con usted hace poco… —Silabeó tímidamente el hombre.

—¿Y ese otro? ¿Quién es?

—Un…, un asesino.

—Pero ¿qué dices? ¿De dónde ha salido ese tipo? ¿Y por qué se parece tanto a ti?

De repente, Kent dio un salto. De las palabras de aquel hombre sólo recordó éstas: «Es un asesino».

¡Un asesino y estaba a solas con Eleonora!

Soltó a Dale Thompson, que cayó por tierra, y echó a correr en dirección a la baranda. Thompson empezó a dar alaridos para detenerle.

—¡Eh, espere! ¡Ya le explicaré!

Pero fue inútil.

Kent comprendía que necesitaba llegar cuanto antes a la baranda, sin detenerse por nada. Su instinto le decía que Eleonora estaba corriendo el peligro mayor de su vida. Cuando llegó allí, ya tenía los revólveres en las manos y estaba dispuesto a disparar. Pero no vio a Eleonora por ninguna parte.

La muchacha había desaparecido.

Lanzó una imprecación y penetró en la casa por otra ventana, rompiéndola también. Había hecho ya ruido suficiente como para despertar a media ciudad. En la calle se oyeron gritos y rumor de gente que avanzaba hacia la casa.

—¡Es ahí, en la vivienda de Rock!

—¡Alguien la está asaltando!

«Ahora creerán que además, estamos saqueando una vivienda —pensó Kent—. Nos lincharán».

Pero estos pensamientos fueron cortados inmediatamente por el ruido que se oía en la habitación guardarropa. Parecía como si alguien estuviese luchando desesperadamente allí.

¡Tenía que ser Eleonora!

Kent la abrió de un puntapié. La habitación estaba a oscuras, aunque por una ventana interior llegaban algunos débiles reflejos de luz. Eso le permitió ver a Kent que algunas figuras se movían de un lado a otro del guardarropa, con una inusitada rapidez, lanzando los vestidos al suelo, desgarrándolos, pasando entre ellos igual que un cuchillo por entre una sustancia blanda. Aquellas figuras eran

tres. No sólo Eleonora se encontraba allí, perseguida por el que había dicho llamarse Thompson, sino que un tercer personaje la perseguía también.

Lo que pasaba en aquel cuarto daba una verdadera sensación de caos. Era el lío más grande en que Kent se había visto metido nunca. Los vestidos volaban de un lado a otro y las figuras se movían con una rapidez endiablada, de tal modo que era casi imposible reconocer a Eleonora por su vestido. Las otras dos figuras correspondían a hombres, y a Kent le bastaron un par de segundos para reconocer a Thompson en una de ellas. Y la otra correspondía a Damp.

Seguramente, Thompson, dispuesto a no perder tiempo, había querido raptar a Eleonora nada más llegar ambos a la baranda. La muchacha había podido escapar, refugiándose en aquella habitación, pero siendo seguida por el hombre. Y para colmo de males, allí aguardaba Damp, el hombre que parecía penetrar a través de las paredes, y quien por lo visto, no había renunciado a su intención de asesinarla.

Damp llevaba armas. Ahora no iba vestido con la levita negra, sino con una camisa a cuadros y pantalones de *cowboy*, seguramente robados, y sus dos revólveres relucían en la semioscuridad de la habitación. De haber estado Eleonora quieta un solo instante, habría disparado ya sobre ella.

Kent apretó el gatillo y un fogonazo brilló en la habitación. Uno de los revólveres de Damp, el que éste llevaba en la mano, saltó hecho añicos.

Eleonora lanzó un grito y corrió hacia el fondo de la habitación, detrás de todos sus vestidos. Thompson hizo lo mismo, ya que no tenía armas, y Damp se ocultó también, pensando que tenía enfrente a un enemigo demasiado peligroso. En un instante desaparecieron los tres de la vista de Kent, y pareció como si en la habitación ya no hubiese nadie.

—¡Acérquese, Eleonora! —gritó Kent—. ¡Acérquese inmediatamente y Colóquese detrás de mí! ¡No se esté ahí quieta!

Quizá Eleonora hubiese obedecido, pero no pudo. En aquel momento el honorable Rock, su esposa y la abuela, se precipitaron de estampida dentro de la habitación.

—¿Dónde está mi hija? —aullaba Rock—. ¡Abro la cabeza al que

haya tocado a mi hija!

Pero por poco le abrieron la cabeza a él. Una mano armada con la pata de un taburete, surgió de entre los vestidos y le propinó un formidable golpe en medio del cráneo. Su mujer le sostuvo y la lanzó de nuevo contra aquel invisible enemigo, gritando:

—¡Anímate!

Rock, en vez de animarse, se desanimó. El segundo golpe acabó con el resto de sus fuerzas. Cayó al suelo, y su mujer y la abuela, pasaron sobre él como la caballería del general Custer.

El tumulto que allí se produjo fue inenarrable. Se oyeron dos disparos en la oscuridad del fondo de la pieza, y Kent temió que hubiesen alcanzado a Eleonora. Sin pensarlo más, se lanzó él también hacia allí, buscando a tientas a la muchacha. Podía encontrarse con los puños de Thompson o con el revólver de Damp. Pero nada, fuera de la mujer, le importaba ahora.

Sus manos tropezaron en la oscuridad con algo blando, y recibió una solemne bofetada en medio de la cara.

—¡Sinvergüenza!

¡Había tenido suerte! ¡Era Eleonora! ¡Sólo La Bella de Tucson podía pegar unas bofetadas así!

—Vamos, salga —susurró—. Tiene que acompañarme.

A su lado, el tumulto era espantoso; sin embargo, la muchacha le oyó.

—¿Quién es?

—Kent.

La cálida mano de Eleonora apretó la suya. Kent tiró hacia sí, y sus labios se encontraron con los labios de la mujer. Fue solo un instante, pero le bastó para olvidar que estaban en medio de un huracán. Fue Eleonora la que tuvo que volverle a la realidad con otra bofetada.

—¡Granuja!

Kent ni siquiera oyó el insulto. Se sentía más fuerte y más seguro que nunca.

—Vamos —silbó.

Salieron de allí, inclinados, para no encontrar en su camino una bala. Damp, que no debía haber alcanzado a nadie, ya no disparaba. Seguramente quería reservar sus municiones. Las dos mujeres que quedaban en el guardarropa gritaban como demonios.

La puerta de la habitación estaba abierta, pero por ella no se filtraba apenas ninguna luz. Kent y la muchacha pudieron salir sin ser vistos. Una vez tuvo a Eleonora segura, el joven susurró:

—Voy a entrar. Tengo una bala para Damp y una ración de puñetazos para ese otro tipo.

—Cuidado, Kent, no dispares. Mis padres están dentro.

—No dispararé mientras no haya luz.

Estaba ya en la puerta cuando algo le arrolló. Más tarde, comprendería que eran la madre de Eleonora y su abuela las que habían salido, pero en aquel momento le parecieron dos carromatos. Cuando quiso darse cuenta de lo que sucedía, había sido arrinconado contra la pared. Una percha de hierro golpeó su cabeza, al retroceder. Sintió un vivísimo dolor en la nuca, y durante unos segundos perdió la noción de las cosas. Al recobrarla, ya no se movía nadie en el cuarto guardarropa. Damp y Thompson parecían haber huido también.

Pero no era cierto. Damp, al menos, estaba allí.

Una bala pasó tan cerca de Kent que le produjo un agujero en la camisa, junto a la cintura. Se lanzó a tierra, mientras hacía fuego a su vez, pero sin ver al enemigo. La oscuridad se llenó de llamaradas en un instante. Kent, dando rápidas vueltas sobre sí mismo, logró que varias balas que iban destinadas a su cabeza mordieran inútilmente las tablas del suelo.

Al fin Damp salió, abriéndose camino con una cortina de plomo. Kent, agazapado, hizo dos disparos, pero sin ver bien. Damp, que se movía con una velocidad vertiginosa, pasó como una exhalación. Kent se levantó y fue tras él, empuñando sus revólveres.

Lo vio saltar por una de las ventanas que él había roto poco antes. Igual que un bólido, se lanzó en su persecución.

En la calle había un grupo de personas que al ver a Damp se apartaron como si un enorme cuchillo hubiera partido el grupo por la mitad.

Los que obraron así tenían razón. Damp hizo dos disparos y dos hombres que no habían sido bastante rápidos, cayeron con plomo en el pecho. En la calle se oyeron algunos gritos.

Kent aulló:

—¡Detente, Damp!

Damp, jadeante, se detuvo. En sus ojos diabólicos brillaban

como dos luces negras. De su boca entreabierta, partía un ronco estertor, como el de un lobo rabioso.

Tenía el revólver en la derecha. Hizo un suave movimiento para levantarlo y disparar, pero la voz de Kent le detuvo:

—¡Si te queda una bala, empléala bien, Damp… porque será la última que dispares en tu vida!

Damp rugió:

—¿Me desafías?

—A ti ni siquiera vale la pena desafiarte, Damp. Voy a matarte como a un perro que empieza a tener síntomas de rabia. ¡Levanta del todo tu revólver y dispara, si te atreves!

La actitud de Kent era temeraria, porque había enfundado sus armas y daba al otro todas las ventajas. Damp rió diabólicamente, dándose cuenta de que su enemigo no podría vencer. Y, riendo, entró en el Más Allá, sin llegar a ver —tan rápidos fueron los movimientos del joven— que Kent había «sacado» con una prodigiosa velocidad, y sin llegar a sentir el dolor lacerante de las balas, que, disparadas como un chorro de plomo por los dos revólveres de Kent, penetraron por parejas a través de su cuello, de su boca, de sus ojos…

Capítulo X

UN Hombre Pelea EN Tucson

Kent bajó los revólveres, que le quemaban en las manos. De repente, se había transformado en el centro de la atención general. La fulminante rapidez con que había «sacado» para matar a Damp, arrancaba aún gritos de admiración de algunas gargantas.

Pero todo esto molestaba a Kent. No le gustaba la popularidad que dan los revólveres. Por eso miró al juez con una expresión de desagrado, cuando éste se acercó para decirle:

—¡Ha estado usted fenomenal, amigo! ¿Sabe lo que significa matar a Damp? ¡Obtener más de mil dólares de recompensa!

—Más valdrá que olvide usted los cargos que hay contra nosotros, juez, y nos permita salir de la ciudad. Al lado de eso, el dinero no me importa.

—¿Salir de la ciudad? —preguntó una voz a su lado.

Kent se volvió, viendo entonces a Eleonora. La muchacha venía jadeante, con el vestido roto por dos sitios, los labios entreabiertos y una mirada de dolor en sus ojos. Esa mirada estaba posada en Kent.

—¿Vas a marcharte? —preguntó—. ¿Vas a dejarlo todo?

—¿Qué es «todo»? ¿Qué es lo que voy a dejar?

En los labios de la mujer se formó una línea seca.

—Nada.

Volvió bruscamente la espalda y se alejó, abriéndose paso entre la muchedumbre, que iba cerrándose en torno a Kent, como un anillo. Él la vio marchar con una mirada gris, que quería ser indiferente, pero estaba cargada de tristeza.

—Tendré que estudiar eso —dijo el juez—. Realmente, es lo

menos que puedo hacer por ustedes. Pero ¡qué diablos! —exclamó de repente—. ¡Concedido! ¡Romperé todo el sumario que he empezado contra ustedes! ¡Quedan libres!

—Si el *sheriff* no dispone otra cosa —dijo uno de los espectadores que se encontraban más cerca.

—¿Es que el *sheriff* pinta aquí más que el juez? —preguntó Kent.

—A veces, sí, amigo. Si el juez piensa que hay que soltar a alguien, y el *sheriff* piensa lo contrario, no se le suelta.

El juez callaba, dando una muda respuesta afirmativa a aquellas palabras. Pero Kent no se preocupó, porque cuando el *sheriff* regresara de su patrulla, él ya pensaba estar muy lejos de Tucson.

—Nos marcharemos esta misma noche, juez —declaró—. Y espero que entonces pueda devolver su fianza al honorable Rock.

Le estrechó brevemente la mano y se alejó en dirección a la casa de Eleonora.

Su padre estaba allí, junto con Dale Thompson, el auténtico, Eleonora y sus padres. Debía haber mediado ya alguna explicación, y no ciertamente muy cordial, porque todos tenían cara agria.

Kent entró en la habitación donde estaban reunidos, se ajustó los revólveres con un movimiento maquinal y dijo a su padre:

—Estamos molestando aquí. El *sheriff* puede llegar de un momento a otro y conviene que nos marchemos de Tucson.

—Cuanto antes se vayan, mucho mejor —dijo Eleonora con voz sorda, evitando mirarle.

—Este joven —dijo el honorable Rock, señalando con el mentón al petimetre del traje gris perla—, asegura ser Dale Thompson, el millonario.

—Y no miente. Él es Dale Thompson, el hombre a quien usted deseaba para marido de Eleonora.

Dale estaba completamente sonrojado, y tan nervioso, que sus pies bailaban como un zapateado encima de la alfombra. Dirigió a Kent una mirada que era al mismo tiempo suplicante y furibunda.

—No quiero casarme —gimió—. Quiero ser libre como un pajarillo…

—Pues si no quiere casarse —gritó el honorable Rock—, ¿para qué ha venido a Tucson?

—¡Mi papá me obligó! ¡Fue mi papá! —siguió gimiendo Thompson.

Eleonora hizo un mohín y apartó con desdén la mirada que tenía fija en aquel hombre.

—Le harán un favor si no le torturan más —dijo Kent—. Hay hombres que prefieren su libertad a la hermosura de La Bella de Tucson. Son mucho más listos que yo.

Hizo otra seña a su padre, como para salir de allí, pero Rock volvió a interrumpirlos.

—¿Quiénes son en realidad ustedes? ¿Para qué vinieron a Tucson?

—Vinimos a Tucson como podíamos haber ido a cualquier otra parte. Somos dos vagabundos.

—¡Dos vagabundos en mi casa! —exclamó, hipando, la madre de Eleonora.

—¡Pero bastante más dignos que todos esos millonarios de pacotilla que a ti te gustan! —gritó el honorable Rock—. Ahora ya está todo decidido, porque tú lo quisiste, pero yo hubiera preferido ver a Eleonora casada con un verdadero hombre. ¡Y éste lo es! —añadió, señalando a Kent—. ¡Ahora dejemos que se marchen, y cuando nuestra hija esté casada con un mequetrefe, acuérdate de ellos! ¡Entonces lo lamentarás!

—Muchas gracias por sus alabanzas —dijo Kent—. Se las agradezco de verdad, porque sé que son sinceras. Pero mi padre y yo vamos a marcharnos ahora mismo de Tucson. Si me conocieran mejor, comprenderían que no puedo interesar a ninguna mujer honrada.

—¿No se quedarán ni siquiera a tomar algo? —preguntó Eleonora—. ¿Se van a marchar así?

—Estoy muerto de hambre… —gimió Mark.

—Acepten nuestra hospitalidad por esta última noche —dijo Rock—. Después de cenar, pueden marcharse. Será la mejor hora para viajar por el desierto.

—Yo misma prepararé algo —dijo Eleonora, que estaba visiblemente turbada y quería a toda costa salir de allí.

Una vez estuvieron sin la presencia de la muchacha, Kent miró a Dale Thompson.

—¿Quién era ese otro tipo? —preguntó.

—¿El que se parece tanto a mí?

—Sí. ¿Es tu hermano gemelo?

—Exactamente.

Dale Thompson estaba visiblemente turbado. Entrecruzando nerviosamente los dedos, explicó:

—Siempre hubo esa desgracia en nuestra familia. Abundaban los hijos gemelos, pero normalmente, sólo uno de ellos vivía o crecía sano. En nuestro caso, Joe, que es el nombre de mi hermano, demostró bien pronto manías homicidas, dedicándose a matar a cuantos animales encontraba a su paso. Cuando tuvo edad suficiente para manejar el revólver, mató a dos hombres. Estuvo a punto de ir a la horca, pero pudimos librarle de ella en el último momento, demostrando que estaba loco. Esto no fue una artimaña. Estaba loco de verdad, estaba como poseído por todos los demonios. Fue encerrado a perpetuidad en un manicomio, pero hace dos años se fugó de allí, tras asesinar a su compañero de celda y a dos guardianes.

—¡Menuda alhaja! —susurró Mark.

—¿Por qué no le persiguieron? —preguntó Kent.

—Porque vino más hacia el Oeste. Se adentró en esta tierra, donde no existe la Ley. ¿Cómo íbamos a perseguirle? Ignorábamos por completo su paradero. Hoy he tenido un terrible susto al verle. No sabía nada de él.

—¿Por qué cree que se encuentra en Tucson?

—Porque aquí se siente seguro, y porque en esta ciudad se le van a exigir muy pocas cuentas si mata a algún hombre. Además, ha debido quedarse aquí… porque ha visto a Eleonora.

—¿Qué dice? —preguntó el honorable Rock, saltando como si tuviese un alfiler debajo del asiento.

—Se desvive por las mujeres bonitas. Antes ha intentado raptarla, y pueden estar seguros de que repetirá la hazaña. Joe nunca abandona un proyecto cuando se le pone entre ceja y ceja. Vigilen a Eleonora porque le puede ocurrir algo terrible.

El honorable Rock miró a su esposa con una expresión de intranquilidad.

—Deberíamos —dijo— pedir ayuda al *sheriff* apenas regrese.

—Sí, pero ¿y mientras tanto?

—¿Por qué no se quedan ustedes una última noche? —preguntó el honorable Rock.

—Por una sola razón —susurró Kent, decidido a ser claro—.

Porque estoy enamorado de Eleonora como un imbécil. Porque sólo la veo a ella. Porque si permanezco una hora más en Tucson no será Joe Thompson quien la rapte, sino yo.

La honorable señora Rock ahogó un gritito.

—Pero ¿qué dice?

—Sólo la verdad. La verdad no ofende, señora, aunque en esta ocasión hubiera sido mejor callársela para uno mismo. Les ruego que no digan nada de esto a Eleonora hasta que hayamos salido. Lo siento, pero marcharemos sin aceptar ni siquiera su amable invitación.

Era ya tarde para aquello. Kent lo comprendió así al ver a Eleonora en el umbral de la puerta.

La muchacha lo había oído todo, y sus mejillas estaban ahora intensamente sonrojadas. Pero trató de aparentar indiferencia y dijo:

—La cena está servida. No la he preparado en el comedor para que estos caballeros no se entretengan demasiado. La tienen lista en la cocina.

—¡Pero, Eleonora…! —exclamó el honorable Rock, con un tono de reproche.

—Ya que tienen tanta prisa por marcharse, cuanto antes lo hagan, mejor.

En la voz de la muchacha latía el desdén. Estaba realmente dolida por la marcha de los dos hombres. Y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para decir a Kent:

—Te deseo buen viaje.

—Hemos decidido no aceptar vuestra amable invitación —susurró él—. Creo que será mejor que nos vayamos ahora mismo.

—¡Está bien, marchad! —susurró Eleonora, con voz densa—. ¡Marchad y seguid engañando a la gente! ¡Pero no se os ocurra nunca más volver a Tucson! ¡No se os ocurra nunca más poner los pies en esta ciudad!

—¡Mientras no pongamos el cuello! —susurró Mark.

El honorable Rock, levantándose de la butaca en que estaba sentado, se acercó a ellos.

—¿Por qué no aceptan una invitación tan sencilla? —preguntó—. ¿Qué mal hay en ello?

Kent comprendió que marcharse ahora sería desairar a aquel

hombre. Hizo un gesto de resignación y se encaminó a la cocina, detrás de Eleonora. Mark iba pegado a sus talones.

La cena estaba preparada sobre una sencilla mesa. Mark y Kent se sentaron y empezaron a comer en silencio. No podían negar que sentían un hambre rabiosa. Mark acabó en cinco minutos, se puso en pie y preguntó:

—¿Cómo arreglaremos lo de los caballos, hijo?

—No vamos a arreglarlo de ninguna manera. Iremos a pie.

—Pero ¿estás loco?

Eleonora, que les había estado contemplando en silencio desde el umbral de la puerta, terció en la conversación.

—Mi padre les regalará gustosamente dos caballos con sus sillas, con tal de que se larguen de aquí.

—No queremos aceptar ningún regalo —murmuró Kent—. Bastantes hemos tenido que aceptar ya.

—Está bien. Entonces id a pie. ¡Y ojalá os pudráis por el desierto!

—No es fácil. Lo conocemos muy bien.

Kent, a punto de terminar su cena, iba a levantarse también, comprendiendo que sería mejor no estar demasiado tiempo junto a Eleonora, pero en ese momento, tres hombres entraron en la pieza.

Habían irrumpido en la casa por una puerta trasera, y sus modales, sus barbas y su aspecto eran los de unos perfectos facinerosos. Pero no debían serlo, puesto que uno llevaba la estrella en el pecho.

El *sheriff* se aproximó a Kent y le miró con los ojos entrecerrados, mientras ponía ambas manos sobre el cinto canana, cerca de las culatas.

—Acabo de llegar a Tucson y ya todo el mundo me ha hablado de ustedes —gruñó—. He sabido que pelean con cualquiera y que no cesan de armar jaleos. Por lo tanto, quedan detenidos.

—Un momento, *sheriff* —dijo Kent, sin levantarse—. El juez nos ha puesto en libertad hace poco.

—¿Y les ha absuelto de todos los cargos que pesaban sobre ustedes?

—Sí.

—En tal caso, les detendré por escándalo. Han armado un verdadero alboroto en la ciudad.

—¡Pero si el juez nos ha absuelto! —repitió Kent.

—Les ha absuelto de otras cosas que no son escándalo. Y no estoy dispuesto a tolerar más impertinencias. ¡Repito que quedan detenidos!

—¿Cree de verdad que puede acusarnos de eso?

—Lo veremos a su debido tiempo. Pero por el momento, los encerraré en la cárcel.

—Quiere ser más que el juez, ¿eh?

—El juez es aquí un tipo que no pinta nada. Si por él fuese, habría docenas de pistoleros en la ciudad. ¡Y yo quiero imponer la Ley aquí, y la impongo a mi manera!

Afianzó aún más las manos a la altura de las culatas y preguntó:

—¿Algún disconforme?

Kent pensaba en aquel momento que era inútil discutir con un tipo así, e incluso estaba medio resignado a ir otra vez a la cárcel, que iba a ser ya como su segunda casa. Pero en aquel momento, una voz a su espalda, dijo:

—¿Pregunta usted si hay algún disconforme, *sheriff*? Pues sí, hay uno. Yo misma.

Kent se volvió, atónito, reconociendo la voz de Eleonora. Iba a pedirle que no interviniese en aquello, pero la muchacha obró con una endiablada rapidez. Antes de que él pudiera hacer o decir nada, ella se había apoderado de su revólver izquierdo y apuntaba al *sheriff* con una seguridad que no presagiaba nada bueno para los que estaban delante de su gatillo.

—Ya estamos hartos de que siempre quiera imponer su voluntad, *sheriff* —dijo Eleonora—. Estos dos hombres han sido absueltos por el juez, y van a salir de Tucson esta misma noche. No puede nada contra ellos. ¡Y si lo intenta, dispararé!

Kent fue a hacer un rápido movimiento para arrancar el revólver de las manos de Eleonora, pero ésta no parecía ser novata en aquella clase de situaciones. Retrocedió dos pasos con una extraordinaria rapidez y se situó fuera de su alcance. Desde la pared del fondo, abarcaba aún mejor a los hombres que tenía enfrente, todos los cuales tenían la razonable sensación de que no podrían escabullirse de la primera bala.

—Estás loca —susurró Kent—. Suelta ese revólver.

—¿Por qué hace eso, señorita Tucson? —preguntó el *sheriff*—.

¿Qué le importa a usted este hombre?

Los labios de la muchacha temblaron.

—Es el único hombre que me ha importado en toda mi vida —susurró al fin—. El único. Y aunque he de perderlo, no quiero que vaya a la cárcel. ¡No quiero que tenga que pasar por esa vergüenza otra vez!

—¿De modo que le quiere? —susurró el *sheriff*.

—Con toda mi alma.

Kent estaba realmente confundido. No sabía qué decir. Su corazón le producía en el pecho como un tumulto, como un dolor obsesionante. Jamás se había sentido tan feliz y tan desgraciado como entonces. Hubo en sus manos un temblor, y sus ojos se humedecieron al contemplar a la muchacha.

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Está bien, en tal caso, renuncio a mis proyectos —dijo—. No quiero más complicaciones en la ciudad.

Chasqueó la lengua y dijo a Kent:

—¡Pero ojo con manejar el revólver!

La muchacha bajó el arma poco a poco, apenas el *sheriff* y sus hombres hubieron salido. Kent se puso en pie, y su poderosa estatura pareció dominarla. Pero era él, el que en estos momentos se sentía dominado por la mirada magnética, firme y a un tiempo maravillosamente dulce de la mujer.

—Gracias, Eleonora —musitó.

—¡Vete! —gimió ella—. ¡Vete!

—Después de esto…

La estrechó entre sus brazos y la besó en los labios. Ella se resistió al principio, no queriendo ser dominada, pero al fin cedió, y sus brazos rodearon también el cuello del hombre.

Mark había salido discretamente, comprendiendo que allí no hacía ninguna falta.

Los dos estaban solos, maravillosamente hundidos en su soledad, sin más que las caricias de sus labios y las promesas de sus ojos.

Pero en aquel momento acabó todo.

Sonó un disparo.

Capítulo XI

Balas Para Kent

Kent sintió un choque junto a su cabeza, mientras partículas de madera de la pared, saltaban a su mejilla. La bala se había empotrado a unos centímetros de su sien izquierda, causándole como una quemadura y una sensación de vértigo que duró sólo un instante.

Dos cosas había adivinado ya Kent cuando se puso en movimiento. La primera que se trataba de una bala disparada por un rifle a cierta distancia, pues había silbado antes de empotrarse en la pared. Y la segunda, que su enemigo dispararía otra inmediatamente.

Arrojó a Eleonora al suelo, sin demasiada delicadeza, y él mismo se situó bajo la mesa. Una segunda bala aulló en el interior de la habitación y se estrelló contra la pared. Ahora pudo ver Kent desde dónde disparaban.

Frente a ellos, se hallaba una puerta abierta, dando a una habitación que tenía una ventana. Esa ventana, que también estaba abierta a la calle. Y enfrente había un edificio cerrado y oscuro, desde el que, sin duda, alguien estaba disparando con un rifle.

—Quédate aquí —susurró Kent—. Voy a hacer una visita a ese amigo.

—Yo voy contigo.

—No seas loca. Debe tratarse de Joe Thompson, y si como supongo, ha logrado apoderarse de un rifle de repetición, nos dará trabajo. Dame el revólver y no te muevas de aquí.

La muchacha se lo tendió con mano no demasiado firme. En

aquel momento el rifle volvió a crepitar. Kent recargó las armas con movimientos seguros y rápidos, igual que una máquina.

Agazapado, corrió hacia la ventana, y desde allí estuvo unos segundos observando. El edificio desde el que disparaban se hallaba en estado semi ruinoso y sin duda nadie vivía en él. Observó, cuando se produjo un nuevo disparo, que su enemigo estaba apostado tras una ventana de la planta baja. Sería inútil responder a su fuego con un revólver porque nunca lograría precisar el tiro.

Apretó los dientes, tomó impulso y saltó por la ventana, saliendo a la calle, frente al edificio donde estaba apostado su enemigo.

Una nueva bala aulló como un reptil en el aire. Kent sintió un choque en la pierna, y al tocar tierra, rodó estrepitosamente sobre las tablas del porche. La sangre caliente empezó a empapar su muslo, donde sentía un agudísimo dolor. Pero decidió ignorarlo. Volvió a apretar los dientes y echó a correr, dando saltos sobre un solo pie, hacia la casa frontera.

Naturalmente no fue tan incauto como para dejar que su enemigo tuviese tiempo de apuntarle. Mientras corría, se cubrió con su propio fuego, enviando hacia la ventana un huracán de proyectiles con sus dos revólveres. Los pocos cristales que quedaban allí, saltaron hecho añicos.

A su espalda, oyó la voz angustiada de la mujer:

—¡Cuidado, Kent! ¡Cuidado!

Su enemigo disparó otra vez, pero sin poder apuntar. Su puntería era tan certera, no obstante, que levantó un surtidor de polvo justo a los mismos pies de Kent. El joven, al frenar, perdió el equilibrio y cayó a tierra. Allí tuvo que dar dos rápidas vueltas sobre sí mismo para esquivar los inminentes disparos. Sin dejar de hacer fuego, se puso otra vez en pie.

La calle, que poco antes aún estaba relativamente animada, había quedado desierta.

Kent llegó junto a la casa, se apretó contra la pared y fue deslizándose hacia una de las ventanas. Ésta estaba desvencijada y no había cristales tampoco. Con los dos revólveres preparados, actuando con toda la rapidez posible, saltó al interior.

Una nueva bala rozó su cabeza, pero ahora su enemigo tenía ya todas las desventajas.

En una lucha a tan corta distancia de nada le serviría el pesado

rifle, mucho menos manejable que los revólveres, tan veloces como el pensamiento. Kent se dijo que si su pierna herida no le jugaba una mala pasada, tenía segura la victoria.

Pero su enemigo disponía también de un revólver. Se oyó un crujido cuando dejó caer el rifle a tierra, y acto seguido crepitó en la habitación vacía el ladrido inconfundible de un «Colt».

Kent cayó al suelo. Su pierna fallaba. Pegándose a un ángulo de la pieza, gritó:

—¡No voy a matarte! ¡Si te entregas, aún puedes salir con vida de aquí!

Una carcajada diabólica fue la respuesta.

Joe Thompson —pues ya no cabía duda de que era él— hizo fuego en dirección a la voz. Las balas no encontraron allí a Kent, porque él había empezado a arrastrarse en el mismo instante de hablar.

Los fogonazos de su enemigo fueron para él una guía segura. Hizo fuego dos veces, y escuchó un gemido.

Thompson se deslizó hasta la puerta, tambaleándose, y la abrió. Su figura se recortó durante unos instantes a la clara luz del exterior. Kent se puso en pie dificultosamente y salió tras él, sin disparar.

Veía a su enemigo claramente y podía matarle en cualquier instante. Pero no lo hizo porque, aunque Joe Thompson era un perro rabioso, debía considerarle como a un enfermo.

—¡Quieto! —gritó.

Thompson hizo todo lo contrario. Se volvió con la rapidez de una serpiente e intentó disparar. Kent, para defender su vida, tiró dos veces más contra un enemigo que ya estaba tocado. Thompson, alcanzado ahora en el centro del corazón, se bamboleó, soltó su «Colt» y terminó cayendo a tierra, con las manos agarradas sobre el pecho.

Kent, cojeando, fue lentamente hacia él. En sus manos humeaban los revólveres.

Oyó entonces un gemido, y vio a Dale Thompson que se arrodillaba junto a su hermano. Los dedos de aquel hombre —«demasiado buen chico para el Oeste», pensó Kent— cerraron los ojos del muerto.

—Lo siento —dijo Kent—. No hubo otro remedio.

—Más vale así —silabeó Dale, con los ojos húmedos—. Y esto es mucho mejor que la horca.

Eleonora se aproximó también. Su mano fue quietamente en busca de la derecha de Kent y la estrechó con fuerza. Sólo hizo eso, pero fue suficiente.

Mark, que lo estaba contemplando todo desde muy cerca, preguntó:

—¿Qué les parece mi hijo? Un buen muchacho, ¿eh? ¡Y además rico!

—¿Queeeeeé? —preguntó el honorable Rock, estirando la cabeza—. ¿Rico?

—En efecto, amigo —explicó Mark—. Yo era un señorito inútil, y cuando quedé viudo y mi hijo ya fue mayor, mi madre, que aún vive, me dijo que me desheredaba si no aprendía a vivir como un hombre. Kent y yo teníamos que recorrer todo el Oeste trabajando de verdad y viviendo sobre el terreno, con nuestros propios recursos. No hemos hablado de esto porque la verdad, yo… soy tan buen amigo de mi hijo que me fastidiaba el que se enamorase. Y él, por prudencia, no lo ha dicho tampoco. Pero ahora que las cosas están, ¡ejem!, enredadas, no hay inconveniente en que lo sepan. Es más, deben saberlo. ¡Escribiré a mi madre, y cuando sepa lo que los dos solitos hemos hecho en Tucson, seguro que nos adelanta ya la mitad de la herencia!

Kent sonrió, mirando a Eleonora. Y en ese instante, su pierna herida falló, y cayeron los dos al suelo.

—Lo…, lo siento —susurró él—. He dado un tropezón y…

—No te preocupes —dijo Mark con expresión compungida—. ¡El tropezón gordo vendrá cuando te cases, amigo!

FIN